



## Universidades Lusíada

Torre Gómez, Hipólito de la, 1948-

### **El viraje internacional del Franquismo : una mirada desde el exterior (1956-1962)**

<http://hdl.handle.net/11067/5525>

#### **Metadados**

**Data de Publicação**

2010

**Resumo**

Desde la perspectiva exterior de dos diplomacias dominantes – la británica y la francesa- subraya este artículo los limitados pero significativos cambios operados en el posicionamiento exterior de la España franquista en el sexenio clave de 1956-1962. Revela no sólo las contradicciones del camino franquista hacia Occidente, sino las de las potencias occidentales respecto de la España de Franco. Imposible desconocerla como realidad interna e internacionalmente consolidada, ¿cómo tratarla? El prop...

Desde a perspectiva externa de duas diplomacias dominantes – a britânica e a francesa -, sublinha este artigo as limitadas, embora significativas, mudanças no posicionamento internacional da Espanha franquista no sexénio fulcral de 1956-1962. Revela não só as suas contradições no caminho para o Ocidente, mas também as das potências ocidentais em relação à Espanha de Franco. Impossível desconhecê-la como realidade interna e internacionalmente consolidada, como tratá-la?. O próprio regime, política...

**Palavras Chave**

Espanha - Política e governo - 1939-1975, Espanha - Relações externas

**Tipo**

article

**Revisão de Pares**

Não

**Coleções**

[ULL-FCHS] LH, s. 2, n. 07 (2010)

Esta página foi gerada automaticamente em 2024-12-25T09:47:42Z com informação proveniente do Repositório

# **EL VIRAJE INTERNACIONAL DEL FRANQUISMO: UNA MIRADA DESDE EL EXTERIOR (1956-1962)\***

Hipólito de la Torre Gómez  
Universidad Nacional de Educación a Distancia  
htorre@geo.uned.es

\*Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación I+D+I HUM2006-05302/HIST del Ministerio de Educación.

## RESÚMEN

Desde la perspectiva exterior de dos diplomacias dominantes – la británica y la francesa- subraya este artículo los limitados pero significativos cambios operados en el posicionamiento exterior de la España franquista en el sexenio clave de 1956-1962. Revela no sólo las contradicciones del camino franquista hacia Occidente, sino las de las potencias occidentales respecto de la España de Franco. Imposible desconocerla como realidad interna e internacionalmente consolidada, ¿cómo tratarla? El propio régimen, políticamente inmutable pero impulsor a la vez de una nueva sociedad, más próspera y más abierta, ofrecía las pautas: había que apostar a largo plazo por esa evolución social como fundamento de una esperable democracia tras el final de la dictadura

**Palabras clave:** Política externa española / Franquismo / Potencias occidentales / Francia / Reino Unido / Estados Unidos

## RESUMO

Desde a perspectiva externa de duas diplomacias dominantes – a britânica e a francesa -, sublinha este artigo as limitadas, embora significativas, mudanças no posicionamento internacional da Espanha franquista no sexénio fulcral de 1956-1962. Revela não só as suas contradições no caminho para o Ocidente, mas também as das potências ocidentais em relação à Espanha de Franco. Impossível desconhecê-la como realidade interna e internacionalmente consolidada, como tratá-la?. O próprio regime, politicamente imutável, embora também impulsor duma nova sociedade, mais próspera e mais aberta, oferecia as orientações: havia que apostar nessa evolução da sociedade, único fundamento a prazo duma esperada democracia depois do fim da ditadura

**Palavras-chave:** Política externa espanhola / Franquismo / Potências ocidentais / França / Reino Unido / Estados Unidos

### ABSTRACT

Following the perspective of two main diplomacies, British and French, this article emphasizes the limited but significant changes in the external position of Spain from the six-year key period 1956-1962. It reveals not only the contradictions of the Spanish way towards the West stage, but those of the Western powers regarding Franco's Spain. Given the impossibility to ignore the existing dictatorship as consolidated, domestically and internationally, reality, how to deal with this? .Although politically immutable, the regime itself, promoting a new society more prosperous and more open-minded, offered the guidelines: suggesting a long-term betting on economical and social evolution as the basis for an expected forthcoming democracy after the dictatorship's end

**Key-words:** Spanish foreign policy / Franquismo / Western powers / France / United Kingdom / United States

## 1. 1956: a horcajadas entre dos mundos<sup>1</sup>

La entrada de España en ONU a fines de 1955 tuvo efectos también en la apertura del mundo exterior al régimen franquista. Poco antes, el Foreign Office había aprobado una política de aproximación, que era el reconocimiento ineludible de que habían cambiado muchas cosas desde la posguerra. Había fallado estrepitosamente la vieja política de cerco y la España franquista, además de recibir el espaldarazo moral y diplomático de Washington y de la Santa Sede, las dos grandes espadas del “mundo libre”, estaba entrando en los organismos internacionales. El embajador inglés en Madrid, Ivo Mallet, consideraba que el régimen “autoritario” de Franco se había dulcificado y que desde luego distaba mucho de la contundente dictadura comunista, mientras que la llegada a la edad adulta de una nueva generación, que no había conocido la guerra civil, y el impulso ya bastante visible que estaba cobrando el turismo occidental, generaban una inevitable aproximación del *tibet* ideológico peninsular a la Europa democrática. Los británicos tenían, además, la poderosa razón de intentar que desaparecieran las enojosas restricciones al flujo laboral de españoles en Gibraltar, impuesto un año antes como respuesta a la humillante visita de la reina a la colonia. En esos propósitos de mano tendida, transmitidos a Madrid, se mencionaba también el apoyo a la incorporación española a ONU y a la OECE, silenciando en cambio los temas, mucho más vidriosos por su naturaleza política, del Consejo de Europa y de OTAN, donde Londres se escudaba en la oposición de los otros socios, que aconsejaba evitar delicadas fracturas internas perjudiciales para la defensa occidental.<sup>2</sup>

A principios del 56 la orientación exterior del franquismo parecía estar dando muestras de un cierto abandono de la retórica revisionista del período anterior, diluyendo los característicos ataques a las democracias occidentales, aceptando su mano tendida en el marco de la lucha común anticomunista, introduciendo cada vez más la tesis del “fruto maduro” en la cuestión de la Roca y favoreciendo el silencio de los británicos sobre el tema OTAN con la actitud de la zorra ante las uvas: porque a España le bastaba, para cumplir sus obligaciones en la defensa del mundo libre, con los acuerdos norteamericanos del 53 y el pacto ibérico con el vecino peninsular. No tenía ningún interés en pedir más.<sup>3</sup>

Pero ni era tan clara ni tan rectilínea la senda de occidentalización franquista. La propia entrega de su zona marroquí a principios de abril del

<sup>1</sup> Aunque lo normal es que entre ellas se den importantes niveles de coincidencia, este artículo no versa exactamente sobre política exterior del franquismo, sino sobre las percepciones que ésta suscitó en las diplomacias británica y francesa. La política exterior española en el período remite a una ya amplia y en general valiosa bibliografía, de la que incluyo al final una forzada selección. Los documentos de archivo utilizados proceden del Public Record Office (Kew, Londres), referido aquí como PRO; de los Archives Diplomatiques (La Courneuve, París), aquí referidos como ADFC; y de los Archives Nationales. Section du XXe Siècle. 5AG1/175 Présidence du Général de Gaulle. Affaires Étrangères. Espagne : entretiens, correspondance et papiers divers. 1958-1967 (París).

<sup>2</sup> Cabinet Paper de 20.X.55 (PRO, FO371-130343)

<sup>3</sup> Despacho del embajador británico en Madrid, Ivo Mallet, 5.I.56 y comentarios minutas FO (PRO, FO 371-124131).

56, forzada a paso más que ligero por el descarnado pragmatismo de París reponiendo al sultán y entregándole el 2 de marzo el Protectorado de forma sorpresiva, pretendió instrumentalizarse por la diplomacia del Caudillo para dar continuidad a la consabida sensibilidad arabista y anticolonialista (que el régimen había explotado en los años inmediatos, atizando el nacionalismo magrebí contra la propia Francia), abriéndole así un espacio de prestigio internacional frente a la tozuda resistencia colonial de las democracias occidentales.

Aunque no tenía el menor margen de maniobra, el fulgurante abandono de su zona en Marruecos había revelado sin embargo el profundo pragmatismo de la diplomacia de El Pardo. España pretendía presentarse como adalid del anticolonialismo por dos buenos y poderosos motivos. Sin duda estaba la honda consistencia de su tradición de entendimiento y respeto hacia el mundo árabe, pero también contaba el superior interés estratégico para la defensa del “mundo libre” de atraer a la órbita de Occidente al peculiar espacio islámico, que tanto se ufanaba de conocer el Caudillo, impidiendo así a la URSS - que desplegaba ahora una estrategia expansiva más flexible, disfrazada de cierta liberalización, y trataba de monopolizar la causa de la libertad de los pueblos - la extensión de sus tentáculos por la ribera sur mediterránea. Pero sobre todo la diplomacia española deseaba obtener réditos internacionales de una pretendida posición privilegiada como puente entre occidente y los países árabes, animando un hipotético pacto mediterráneo capaz de mantener fuera de la influencia comunista a los países islámicos de la región. Ubicada como eslabón de soldadura entre dos mundos - el occidental y el de la nueva tercera fuerza internacional formalizada un año antes en Bandung - en un escenario natural que realizaba el valor geoestratégico de la Península, la España franquista podía imaginarse en posición de potencia. De paso, ese pacto mediterráneo daría seguridad al país frente a las más que previsibles reivindicaciones marroquíes sobre sus posesiones norteafricanas (Ceuta y Melilla), pudiendo también ofrecer un marco diplomático a su histórica reivindicación sobre Gibraltar, que, junto a la entrada en OTAN, acaso pusiera España sobre la mesa como contrapartida a su pretendida función mediadora en el Mediterráneo.

Aunque los británicos consideraban básicamente que todo ello tenía mucho de brindis al sol, a su embajada en Madrid no le complacía en absoluto esa posible deriva española, ni descartaba que pudiera tener algunos desagradables visos de realización si los Estados Unidos se dejaban engatusar por el discurso anticolonialista español. El embajador inglés, que insistía con este redoblado motivo para que el Foreign Office persistiera en su política de occidentalización de la España franquista, llegaba a sugerir la conveniencia de que se utilizase a los portugueses para convencer al vecino peninsular de que abandonara sus posiciones anticolonialistas. Pero las gestiones de la diplomacia portuguesa habían tenido la callada por respuesta. La política exterior española era variable e impredecible, según decía el secretario general de Ministerio de Extranjeros al representante británico en Lisboa. No creía que Madrid se inclinase hacia los occidentales, pero tampoco que tuviera ascendiente serio sobre los países árabes.

Simplemente hacía lo que éstos querían y por eso tenía entre ellos buena prensa.<sup>4</sup>

Aún con muchas reservas psicológicas e ideológicas frente a las potencias europeas, la relación con los Estados Unidos continuaba siendo la principal baza internacional de la inserción franquista en el orden occidental. El embajador norteamericano, John Lodge, se mostraba siempre dispuesto a exhibir su consideración por la España franquista, al punto de generar cierta frialdad en las relaciones con su colega inglés<sup>5</sup>. El subsecretario de Defensa, Ruben Robertson, que en viaje por Europa y África había recalado en Madrid entre el 11 y el 15 de enero, tampoco había ahorrado elogios al socio español, asegurando que las bases estarían disponibles a fines del 57, mientras que el embajador francés describía con cierta minucia la llegada de material, el tránsito de barcos americanos por España y la colaboración española en las maniobras de la VI Flota.<sup>6</sup> Sin embargo no todo iba sobre ruedas en la relación del franquismo con el gran socio trasatlántico. España se quejaba de la escasa ayuda económica, si comparada sobre todo con la recibida por los países europeos del Plan Marshall, mientras que para la diplomacia norteamericana el estrangulamiento de recursos que limitaba las posibilidades de recuperación económica española solo podía resolverse acabando con la política autárquica que ponía excesivas barreras a la entrada de capital extranjero.

Los rápidos cambios producidos en el extremo occidental del Mediterráneo con la independencia de Marruecos tuvieron que ver sin duda con el viaje del ministro de Exteriores, Martín Artajo, a los Estados Unidos, pocos días después de la entrega de la zona española del protectorado. La prensa española echó las campanas al vuelo para celebrar una estancia que, de creer sus informaciones, habría estado rodeada de gran repercusión pública y celebrados gestos de homenaje al ilustre visitante y al país que representaba. El mensaje político de Artajo a la administración norteamericana no constituía un secreto: España era el mejor y más fiel aliado en la defensa de Occidente; su especial relación y marcada sensibilidad con el mundo árabe - como había demostrado en Marruecos - podía convertirla en poderoso instrumento de combate al comunismo en los nuevos países; el repudio al colonialismo unía en un mismo sentimiento a españoles y norteamericanos. Franceses y británicos - sobre todo éstos, instalados en Gibraltar - eran indirectamente alcanzados por el discurso anticolonialista de la diplomacia española. Sólo que la realidad de esa puesta en escena norteamericana distó mucho de la propaganda y de las pretensiones del ministro. El propio Lodge, que había podido comprobar *in situ* el mediocre entusiasmo por España de la administración republicana, había convencido a Artajo de que en su conferencia en la universidad de Fordham dejara a un lado sus

<sup>4</sup> Despacho del embajador británico en Lisboa de 5 de junio de 1956. El resto en: despachos de Ivo Mallet de 6, 12 de abril y 3 mayo 56; declaraciones Franco al *New York Herald Tribune* 2 abril 56; telegramas de Mallet 3 y 4 abril 56 (PRO, FO 371-124131). Despacho de Ivo Mallet de 30.V.56 (FO 371-124142).

<sup>5</sup> Embajador de Francia en Madrid, Tournelle, al Ministère des Affaires Etrangères, (en adelante MAE) 9.V.1956 (ADFC, "Europe 1956-1960. Espagne", carpeta n° 237).

<sup>6</sup> Tournelle a MAE, 19.I.1956. (ADFC, "Europe 1956-1960. Espagne", carpeta n° 237).

referencias anticolonialistas y su mención a Gibraltar. Y, en la misma dirección, Foster Dulles le habría indicado, a propósito de la tradición anticolonialista de su país, que no era comparable el escenario de los Estados Unidos de 1776 y el de África de 1956.<sup>7</sup>

Las tendencias reactivas del franquismo frente a las potencias eurooccidentales y su discurso arabista se conservarían bastante tiempo, entre otras razones, como con plena lógica indicaba el embajador británico, porque Marruecos, que representaba una seria amenaza para las posesiones españolas al otro lado del estrecho, estaba a un tiro de piedra de la Península. Pero era evidente que el africanismo de la diplomacia española constituía básicamente una estrategia sustitutiva frente al repudio y al aislamiento que las democracias occidentales seguían tributando a la España de Franco. Por eso, el embajador insistía a lo largo de año en la necesidad de un cambio profundo en la política de su país y lamentaba que, a pesar de la nueva orientación aprobada en el otoño del 55, Inglaterra, llevada por prejuicios ideológicos, se obstinara en seguir considerando a España como un país de segunda fila. Sostenía que, tras su ingreso en ONU y su salida de Marruecos, España debía derivar claramente hacia Occidente, que podría beneficiarse del propio ascendiente español en el mundo árabe - especialmente ahora que la guerra fría echaba raíces en el Próximo Oriente y el norte de África -, al tiempo que esa vinculación occidental del franquismo era la única posibilidad de favorecer la propia evolución social y política de régimen.<sup>8</sup>

Si en realidad la entrada en ONU y el abandono de Marruecos habían echado por la borda parte del lastre de la política de "sustitución", dos acontecimientos más de ese año clave de 1956 constituirían importantes catalizadores de la deriva occidentalista del franquismo: la crisis de Suez y la sublevación húngara. La primera, provocada por la nacionalización del Canal por el gobierno de Nasser (julio 1956) y concluida con el fracaso de la reacción militar franco-británica (noviembre 1956) por imposición de las dos superpotencias, puso al descubierto las ambigüedades y fragilidades de la posición internacional española. El régimen y la prensa mostraron un panorama bastante esquizofrénico. La pretensión de una posición internacional equidistante de relieve, la tradicional inquina contra las grandes democracias europeas, tachadas de colonialistas, y la idea de reforzar la vinculación a los Estados Unidos, alimentaban las simpatías oficiales hacia Egipto, mientras que la prensa falangista dedicaba durísimos ataques a británicos y franceses. Pero al mismo tiempo, el embajador británico sabía muy bien que, bajo cuerda, en los propios círculos oficiales se aplaudía la firme reacción de Londres y París destinada en definitiva a detener la radicalización procomunista del nacionalismo árabe. El fracaso de las pretensiones mediadoras de la diplomacia española en las conferencias de Londres añadió desencanto, aún reforzado por la sorprendente actitud norteamericana, uniéndose al gran enemigo comunista

<sup>7</sup> Tournelle a MAE, 4.IV.1956; 18.IV.1956; 9.V.1956 (*Ibidem*).

<sup>8</sup> Despachos de Mallet a FO de 24.II, 22.VI, 9 y 31. VIII; y de FO a Mallet 17. VII y 20. VIII. Todo de 1956 (PRO, FO 371-124142).



para combatir a sus propios aliados. La posición de Martín Artajo tras la acción militar franco-británica era bien expresiva: España mantenía el tipo, condenando la ofensiva de París y Londres, pero “no haría nada que debilitase la posición de Gran Bretaña y de Francia, debilitando a las naciones occidentales en su lucha necesaria contra el comunismo”<sup>9</sup>. A fines de ese año el embajador británico, y con él el Foreign Office, creía que la radicalización nacionalista en el Norte de África y la asociada amenaza del comunismo estaban empujando a España en dirección a occidente, confirmándose por tanto la conveniencia de seguir manteniendo la política de aproximación aprobada en octubre del 55.<sup>10</sup>

El análisis del representante francés en Madrid era en líneas generales coincidente. Tournelle subrayaba el impacto que había tenido en España la actitud de los Estados Unidos uniéndose a la URSS contra franceses y británicos, después de haber sido Washington el gran responsable de la ofensiva egipcia al anunciar y retirar más tarde su apoyo a El Cairo para la construcción de Assuan. La simultánea crisis de Hungría, brutalmente liquidada por los soviéticos casi al tiempo (4 a 10 de noviembre) que fracasaba la acción militar franco-británica contra Egipto, consternó a la España franquista y añadió aún mayor desconfianza hacia los Estados Unidos y su claudicante actitud frente a la URSS, pareciendo confirmar las críticas ya anteriormente manifestadas por el propio Franco contra la estrategia de distensión. El resultado había sido un incremento de la tradicional americanofobia de la opinión española, un retroceso del entusiasmo por la política árabe y una mayor proclividad hacia Europa y las grandes democracias del continente.<sup>11</sup> Británicos y franceses coincidían a finales del 56 en que el distanciamiento respecto de los Estados Unidos y las frustraciones cosechadas por el arabismo, estaban claramente aproando a España en dirección a las potencias eurooccidentales y al propio proyecto europeo<sup>12</sup>, impulsado a su vez como “venganza” de Suez.

Con todo, para la política externa de Madrid, el año 56 concluía sin alteraciones sustanciales en su desconfiada relación con las potencias de occidente. Los británicos echaban de menos una mayor receptibilidad del régimen a sus pretendidas aperturas. El antibritanismo de una prensa controlada y el mantenimiento de las restricciones sobre Gibraltar no se habían movido. Y las relaciones con Francia continuaban envenenadas por la protección dispensada por la República al combativo exilio español. Tampoco eran precisamente notables por entonces las relaciones de Madrid con la República Federal Alemana y con Italia, las viejas potencias totalitarias, que ahora integraban el próspero cuarteto de las democracias europeas.

<sup>9</sup>De la embajada británica a Carrero Blanco, 12.XI.1956 (PRO, FO 371-124142).

<sup>10</sup>El análisis británico en los importantes despachos de la embajada en Madrid, de 3 y 4. XII y 30.XII, y minutas FO relativas al despacho de 4.XII. Todo 1956 (*Ibidem*).

<sup>11</sup>Tournelle a MAE, 26.XII.1956 (ADFC “Europe.1956-60. Espagne” carpeta n° 237).

<sup>12</sup>Tournelle a MAE, 16. I. 1957 (ADFC “Europe.1956-60. Espagne”, carpeta n° 238) y 22.I.1957 (*Id.* carpeta n° 237).

## 2. 1957-58: viraje Hacia a Occidente

El año 57 fue pródigo en acontecimientos, internos y exteriores, que dieron por primera vez verosimilitud a las previsiones del año anterior sobre la deriva occidentalista de la España de Franco. Todavía, a principios de marzo el embajador británico en Madrid explicaba de forma convincente las razones de una política árabe a la que, a pesar de todo, el régimen no podía renunciar: *“Franco – escribía – fue lo bastante rápido para percibir que, puesto que la colaboración con Francia en Marruecos era imposible, la pérdida del Protectorado resultaba inevitable, y decidió entregarlo de tal manera que pudiese esperarse la continuación de unas relaciones amistosas con los musulmanes, haciendo a la vez méritos cerca de sus amigos anticolonialistas de Washington. La amistad de los moros y el mantenimiento de la cooperación de Marruecos con Occidente es materia de importancia para España, cuyas defensas y cuya posición política se verían en peligro si la costa norteafricana cayese bajo la influencia soviética. Por tanto, Franco seguirá cortejándoles. Es probable también que, a pesar de Nasser, siga cortejando al mundo árabe de las regiones del Este, en parte porque piensa que puede ejercer alguna influencia sobre él para mantenerlo fuera de la órbita soviética, en parte porque supone que esas zonas ofrecen un espacio a la diplomacia española, y en parte porque el voto árabe en ONU y el anticolonialismo árabe le son probablemente útiles para presionar a Francia y a Gran Bretaña. No hay que esperar por tanto que Franco abandone fácilmente esta política proárabe, y es de suponer que los árabes estén contentos de disfrutar de este apoyo moral y de este estímulo.”* Era una cuestión de estratégico pragmatismo, mal comprendida por la sociedad y por los medios políticos de un país que no ocultaba su antipatía por los moros y que sentía que su destino estaba en realidad en Occidente.<sup>13</sup>

El cambio de gobierno del mes de febrero de 1957 fue ya signo evidente de una nueva orientación que, bien que originada por razones de política interna, apuntó también desde el principio a salir de un agotado modelo autárquico que estaba estrangulando cualquier posibilidad de modernización económica. La entrada en el nuevo equipo de jóvenes tecnócratas del Opus Dei (Navarro Rubio en Hacienda, Alberto Ullastres en Comercio, López Rodó como cerebro gris de la poderosa Presidencia del Gobierno controlada por el almirante Carrero Blanco) significaba el reconocimiento del fracaso de la autarquía y la necesidad de una política de liberalización y estabilización que, auspiciada por los organismos internacionales, proyectara una regeneración de la economía acorde con el modelo capitalista de las prósperas democracias occidentales.

Las mudanzas internas eran por tanto inseparables de una apertura al exterior donde inevitablemente debía insertarse la economía española. Acorde con esa dirección, el nuevo ministro de Exteriores, Fernando María Castiella, jugó desde entonces un papel fundamental en la decidida reorientación de la diplomacia hacia la reconciliación de la España franquista con la Europa democrática. Castiella, cuyo talento y honradez eran unánimemente reconocidos por los medios diplomáticos extranjeros, poseía una espléndida formación

<sup>13</sup> Mallet a FO, 12.III.57 (PRO, FO 371-130327).

internacionalista. A pesar de unos antecedentes contrarrevolucionarios bastante radicales, que le habían llevado durante la II Guerra Mundial a escribir con Areilza, en 1941, un polémico libro sobre megalómanas, aunque completamente familiares en la tradición nacionalista española, *Reivindicaciones de España*, y a luchar en la División Azul – por lo que había sido condecorado con la Cruz de Hierro nazi-, su significación católica y la moderación de su madurez, le habían convertido en una figura templada, ya bien significada en la política exterior como embajador ante la Santa Sede (1951-1956) – donde había negociado la firma del Concordato de 1953- y con indudable imagen y talante liberales en el momento de ocupar la cartera de Exteriores. Bien por motivos ideológicos o por la propia raigambre de su estructura españolista, la figura de Castiella venía a constituir el mejor reflejo de una cierta España donde la apertura y el cosmopolitismo convivían con rasgos profundos de casticismo nacionalista. Así retrataba al ministro de Asuntos Exteriores su antiguo colega en el Vaticano y luego embajador de Francia en Madrid al tiempo que su amigo dirigía el Palacio de Santa Cruz: *“He aquí un Ministro de Asuntos Exteriores que es sin duda el espíritu más liberal del actual Gobierno del General Franco. Da constantes pruebas de ello; desde su llegada al Palacio de Santa Cruz se ha aplicado a distender las relaciones franco-españolas y, con el concurso de ciertos estadistas franceses, lo ha conseguido. Se esfuerza ahora, con el apoyo del Señor Selvin Lloyd, por mejorar las relaciones hispano-inglesas, y es esperable que realice progresos en esta vía. Ha contribuido mucho a meter a su país en la OECE; sus convicciones europeas son innegables, como lo es su deseo de ver a su país trabajar por la consolidación del mundo occidental. Es un hombre instruido en derecho e historia hasta la erudición; realiza lecturas considerables en todos los idiomas, que le familiarizan con el pensamiento político del extranjero, en particular de Francia y de Gran Bretaña. Pues bien, ese mismo hombre permanece español hasta la médula, con todo lo que eso comporta de total y absoluto, y su discurso en Georgetown constituye el mejor ejemplo de lo que podría llamarse la “peninsularidad” de sus compatriotas”*.<sup>14</sup>

A pesar de esos lastres nacionalistas de la tradición, el reclamo europeo se hizo doblemente fuerte en 1957, que fue el año del lanzamiento del Mercado Común y de la discusión de la alternativa de la Zona Libre de Comercio. El camino de la unidad europea había cristalizado y el reto de la unidad económica de las prósperas democracias continentales no dejaba el menor margen, so pena de ruina, a la conservación de cualquier casticismo peninsularista. La creciente sensibilidad europeísta de Madrid – y sobre todo del ministro Castiella – iba acompañada – según percibían los embajadores de París y Londres – de un inocultable criticismo en los medios periodísticos y oficiales españoles hacia los Estados Unidos, cuya imagen había sufrido un grave deterioro tras las crisis de Suez y de Hungría, mientras que la excesiva dependencia española de Washington comenzaba a incomodar más de la cuenta a la nueva diplomacia de

<sup>14</sup> A propósito del discurso pronunciado por Castiella en la Universidad de Georgetown, en marzo de 1960, donde defendía los consabidos tópicos de España como bastión anticomunista desde la guerra civil (Roland de Margerie a MAE, 29.III.60. ADFC, “Europa. 1956-60. Espagne”, carpeta nº 237).

Madrid. Cuando, casi concluidas las bases militares, el embajador Lodge invitó al ministro de Exteriores a sobrevolarlas, se encontró con un Castiella que le dice que *“tales instalaciones sólo adquirirían todo su valor si España perteneciera a la OTAN, extendiéndose – le contaba Lodge a su colega francés – en recriminaciones sobre la debilidad de los Estados Unidos, que no habían intentado vencer la hostilidad de algunos de sus aliados a la admisión de España”*, resaltando a continuación *“la necesidad para Europa de librarse de toda tutela, política y económica respecto de los dos bloques en pugna”*. Lodge, decía el representante francés, *“aún no se ha repuesto”*.<sup>15</sup>

Muy pronto quedó claro que el nuevo ministro de Exteriores deseaba mejorar las relaciones con Inglaterra y con Francia. Con la primera, consideraba su embajador que se habían realizado progresos, a pesar de mantenerse las restricciones en Gibraltar<sup>16</sup>. La disposición favorable a Francia quedó de manifiesto en la actitud de Madrid con motivo de la visita del flamante presidente Burghiba a la capital española y su entrevista con el Caudillo que, según explicara Castiella al embajador francés, habría defendido a Francia, criticando la intransigencia de los líderes independentistas argelinos y asegurando que *“era necesario para la seguridad de Occidente que Francia conservara en Argelia una posición preeminente”*. *“Castiella ha añadido – escribía el embajador de París – que si España había sido tenida en cierta consideración por los estados árabes que la habían manifestado su amistad en tiempos difíciles, consideraba ella también que en las circunstancias actuales era su interés y su deber buscar la amistad de Francia. El nuevo ministro de Asuntos Exteriores ha subrayado enseguida cuánto deseaba que se estableciera una colaboración franca y leal entre los dos países, sobre todo en lo que concierne al África del Norte y en los confines saharianos”*.<sup>17</sup>

Ahí estaba exactamente una de las principales claves – no la única – del decidido cambio político español. Después de años de incomprensión y de soterrada rivalidad en Marruecos, el Magreb iba a convertirse en espacio de cooperación entre París y Madrid impulsando el acercamiento entre ambos vecinos. Francia tenía que vérselas con los movimientos independentistas en Mauritania y sobre todo en Argelia, mientras que España tenía desde el principio en el flamante reino de Marruecos al adversario poco encubierto de la conservación de sus territorios de Ifni y el Sahara Occidental, además de su vieja presencia en las ciudades de Ceuta y Melilla. La inercia independentista que había generado un Ejército de Liberación fue enseguida encuadrada por las autoridades del nuevo Estado alahuita para canalizar el radicalismo en una empresa exterior de irredentismo de las zonas aún en poder de Madrid. Unidos por el interés común de la defensa de sus respectivos territorios, la colaboración militar franco-española quedó sellada entre mayo y julio del 57. En el mes de agosto el gobierno de Rabat reclamaba oficialmente la entrega de Ifni. El ataque por grupos armados irregulares comenzó a finales de octubre y un mes más tarde

<sup>15</sup> Tournelle a MAE, 20.VII.57 (*Ibidem*).

<sup>16</sup> Annual Report. Spain 1957 (PRO, FO 371-136642).

<sup>17</sup> “Note pour le Ministre Résidant en Algérie, 2.IV.1957 (AFDC “Europe.1956-60. Espagne”, carpeta n° 241).

los marroquíes lanzaron una ofensiva en toda regla que puso al borde del colapso la presencia española. Gracias a los acuerdos de cooperación militar sellados con Francia, la acción conjunta de españoles y franceses (operaciones *Teide* y *Ecouvillon*) a finales de febrero del 58 libró al Sahara de invasores marroquíes, al tiempo que la operación *Pegaso* despejaba completamente a Ifni de las partidas invasoras. Por el acuerdo de Cintra (2.IV.58) Madrid trataba de satisfacer mínimamente el irredentismo de Rabat entregándole la región de Cabo Juby (Tarfaya). Conservaba sin embargo Ifni y el Sahara.

El régimen y la prensa – siempre controlada – presentaron la guerra no como un enfrentamiento con el reino de Marruecos, sino con las bandas informales de un sedicente Ejército de Liberación obediente al comunismo internacional. Había que salvar la vidriosa relación con el inquieto vecino del sur y conservar la tradicional línea de amistad con los “amigos árabes”. Pero la prensa no dejó tampoco de hablar por otros, haciéndose a menudo eco de las informaciones internacionales que responsabilizaban a Marruecos. No obstante esas reservas, la lección fue bastante definitiva: ahora resultaba que el nacionalismo islámico no era tan justo; que las potencias “colonialistas” no eran tan malas y que su resistencia era necesaria para combatir la amenaza comunista. Si hasta el 56 el franquismo había sugerido que al nacionalismo árabe – genéticamente anticomunista, según quería suponer el Caudillo – podía librarse de caer en la órbita de Moscú con una política de comprensión y hasta de estímulo, que nadie mejor que España estaba en condiciones de llevar a cabo, tras dos años de experiencias frustrantes (independencia de Marruecos, crisis de Suez, guerra de Ifni) debía modificar su discurso: el nacionalismo árabe era el caballo de Troya del comunismo; las potencias coloniales, tenían, además de derechos, obligación de resistir. Francia cambiaba de adversaria a amiga. El anticolonialismo norteamericano era una ingenua torpeza. No desapareció de la noche a la mañana la aspiración de convertir a España en la gran potencia mediadora entre los occidentales y los Estados islámicos en el marco de un pacto mediterráneo, pero la fiebre se sosegó y la propia naturaleza de ese pacto adquirió rasgos más comedidos e internacionalistas, donde España no era ya la gran protagonista llamada a salvar el abismo entre dos mundos. En 1957-58 el régimen y la diplomacia españoles comenzaban a alejarse muy visiblemente de los entusiasmos arabistas, de las exaltaciones del amigo americano, mientras se aproximaban con decidida voluntad a la Europa occidental.<sup>18</sup>

### 3. Los amistad de los occidentales

El año 59 marca un despliegue intenso de la acción diplomática española, que ya no se detendrá, en esa nueva dirección de normalizar e intensificar las relaciones con el espacio occidental, tratando de dignificar internacionalmente al país y de ajustar sus intereses a las nuevas realidades del mundo circundante. Es también el año del inevitable ajuste estabilizador de la economía española, que

<sup>18</sup> Mallet a FO, 13.I.1958 (PRO, FO 371-136650) y Annual Report. Spain 1958 (*Idem*, FO 371-144925).

liquida gran parte del lastre autárquico, liberalizando las actividades internas, las relaciones comerciales con el exterior y la entrada de capitales extranjeros. El país comenzaba a abrirse, no solo en lo económico, sino también en sus relaciones humanas y culturales, como consecuencia de la formidable diáspora emigratoria a la Europa occidental - motivada por el duro ajuste estabilizador - y de la creciente ola de turistas atraídos en gran medida por los bajos precios internos. El ajuste de los precios, la liberalización de las actividades económicas, el aumento de su competitividad, las inyecciones financieras de los capitales extranjeros y de las divisas del turismo y de la emigración, impulsaron enseguida un crecimiento desconocido de la economía y una correlativa modernización de la estructura y de los comportamientos sociales. Si la cirugía de los tecnócratas estaba consiguiendo una rápida modernización del país, que de forma acelerada se homologaba a su entorno eurooccidental, el Palacio de Santa Cruz, dirigido por el activo Castiella, trataba con su nueva diplomacia de resituar a Madrid en las nuevas coordenadas de España y del mundo.

La apertura a Europa se refleja con claridad en el aumento de las visitas al exterior de los ministros más representativos de la nueva orientación. Ullastres viaja a Alemania (10-16 junio 1958), se entrevista con de Gaulle (22 de octubre 1958) y en abril de 1959 realiza una visita oficial (la primera de un ministro español) al Reino Unido. Ese año sitúa en un punto alto los encuentros internacionales de la diplomacia española. A fines de agosto Castiella se desplaza a Londres, donde se entrevista con el presidente norteamericano y con el ministro del Foreign Office; de regreso, recalca en París, para encontrarse con de Gaulle; la celebración el 24 de octubre del tricentenario de la Paz de los Pirineos, en la Isla de los Faisanes, reunió a Castiella y al ministro de Extranjeros francés, Couve de Murville, para consagrar una nueva política de amistad entre París y Madrid; el 10 y 11 de noviembre nuevo desplazamiento del ministro de Asuntos Exteriores, esta vez a Bonn, retribuyendo la visita que su colega alemán, von Brentano, había realizado a Madrid en abril del año anterior; finalmente, la visita oficial del presidente Eisenhower a Madrid, los días 21 y 22 de diciembre, venía a representar, como bien señalaba el embajador británico, “el punto más alto hasta ahora en el retorno de España desde el boicot de la postguerra”<sup>19</sup>. Era sólo el comienzo de un camino. ¿En qué escenarios se expresó? ¿Con qué resultados?

La nueva diplomacia española no puso nunca en tela de juicio la primordial relación con los Estados Unidos, a través de la cual España se había insertado en la comunidad occidental por el alto significado geoestratégico y la consiguiente indulgencia hacia el régimen que disfrutaba el país en las prioridades defensivas de Washington frente al adversario comunista. En su referida conferencia en la Universidad de Georgetown, en marzo de 1960, Castiella había subrayado la doctrina más canónica del régimen sobre la larga distancia de la significación internacional de la España franquista: pionera, desde 1936, en señalar y combatir al comunismo, que seguía constituyendo el gran enemigo de la civilización; por eso en la II Guerra había mandado a Rusia

<sup>19</sup> Annual Report. Spain 1959 (*Idem*, FO 371-153226).

la División Azul, mientras se conservaba neutral (era la famosa teoría de las "dos guerras"); por eso había sufrido la incompreensión internacional y por eso continuaba representando un papel de adelantada en la defensa de Occidente. Era la España históricamente incomprendida, ofendida en Gibraltar, combatida por la izquierda occidental. Naturalmente este tipo de discurso fue mal recibido por británicos y franceses, por más que percibieran los efectos condicionantes del auditorio, que escucharan del propio Castiella la explicación de que *"había sido diseñado para consumo interno, porque deseaba mostrar a sus colegas de gobierno que él podía ser tan firme como el que más en la defensa de España en el exterior"* o que tanto el ministro como el subsecretario, Cortina Mauri, explicaran lo inevitable de la velada mención a Gibraltar<sup>20</sup>. El embajador francés iba más allá de lo político en su apreciación de los fundamentos profundos de la conferencia: *"el Ministro de Asuntos Exteriores de España nos ha dado en Georgetown un curso de óptica comparada: entre la visión <española> (sic) de las cosas y la visión que pueden tener la mayor parte de las demás naciones subsiste algo irreductible que se relaciona con el temperamento nacional, con la geografía, con la situación periférica y el aislamiento del país, con el repliegue voluntario sobre sí mismo y que está en el origen de tantos malentendidos y de tantas reacciones hostiles"*. No sólo había reaparecido coyunturalmente, por boca de un ministro culto y cosmopolita como ninguno, la militancia ideológica franquista, sino también la España profunda, altiva y peninsularizada.<sup>21</sup>

Sin embargo, ni la doctrina casticista ni la filosofía política de la conferencia estaban marcando el futuro de la acción exterior española. Como antes señalábamos, desde la crisis de Suez el "amigo americano" era visto con creciente desconfianza por amplios sectores de la prensa y de los medios políticos del régimen, que reconocían la humillante asimetría de los acuerdos de 1953 y pretendían equilibrarlos a su término, en 1963. Salvo en aspectos menores, no ocurrió así, y el realismo - encarnado en El Pardo y la Presidencia del Gobierno - mantuvo en la renovación del 63 los clamorosos desequilibrios entre los socios. Si alguien estaba convencido de esa necesaria dignificación del país en sus relaciones transatlánticas era el ministro Castiella, que hubo de aguardar a una nueva - y previsiblemente mejor - ocasión.

Por tanto, sin abandonar la necesaria y dominante relación con los Estados Unidos, el impulso de la política exterior española se dirigió sobre todo a Europa: a potenciar las relaciones con Francia, con Inglaterra, con Alemania e Italia; a normalizar las gélidas relaciones con los países del norte; a establecer contactos comerciales con los Estados europeos de la órbita soviética.

### 3.1. Franceses

La relación con Francia era, siempre había sido, absolutamente primordial para España. La potencia francesa constituía una realidad dominante en todos los planos, incluido el cultural y el psicológico. En el norte y también

<sup>20</sup> Despacho de la embajada británica en Madrid al Foreign Office, 4.IV.1960 (*Idem*, FO 371-153235).

<sup>21</sup> Roland de Margerie a MAE, 23.III.1960 (ADFC "Europe.1956-60. Espagne", carpeta nº 237).

en el sur, por sus mutuos intereses en el Magreb, España se encontraba frente a la incómoda vecindad de París. El repudio ideológico de la IV República hacia la España franquista y la inocultable rivalidad en el protectorado de Marruecos habían mantenido un sordo enfrentamiento entre ambos países. El engarce de España en la defensa occidental bajo el paraguas de Washington desde 1953 había comenzado a modificar un tanto la actitud francesa, que ahora tenía que mirar a la dictadura vecina como una realidad internacional consolidada y podía también calcular los inconvenientes de un posible desplazamiento hacia el sur de los intereses defensivos norteamericanos. Pero, como hemos señalado, fue sobre todo la liquidación del doble protectorado en 1956 y la colaboración entre Madrid y París frente a las arremetidas marroquíes de 1957-58 lo que forzó un definitivo giro a la relación franco-española. Ese último año, la agudización de la crisis de Argelia, el advenimiento de Gaulle al poder y el nacimiento de la V República gaullista, sellaron de forma duradera el carácter de las nuevas relaciones.

La llegada de Gaulle fue saludada con simpatías en los medios del régimen. Al embajador británico en Madrid incluso le llamaba la atención lo ponderados de los juicios de la prensa. En vez de utilizarse la situación francesa para traer de forma grosera agua al molino del franquismo, no se ocultaban los riesgos de una personalización excesiva del poder a costa de las instituciones. Aunque en general se admitía que el demoliberalismo francés había sufrido una clara corrección, se consideraba que el sistema seguía en pie y que el general respetaba la democracia. Mallet creía percibir que el aprecio de la opinión por el general se justificaba precisamente en lo que le distanciaba de Franco: su llegada al poder por caminos constitucionales, evitando la guerra civil y manteniendo el régimen de libertades. Seguramente era cierto, como sostenía el director de la Oficina de Información Diplomática, que la prensa española gozaba ahora de bastante libertad para enjuiciar los asuntos internacionales que no afectasen de forma directa al régimen.<sup>22</sup>

La primera audiencia del general de Gaulle al embajador español, conde de Casa Rojas, el 9 de julio de 1958 - que la prensa destacaba haber sido la tercera después de las concedidas al primer ministro británico, al secretario de Estado norteamericano y al ministro de Defensa alemán -, resultó bastante auspiciosa. El general había dicho que, desde que en 1943 dirigiera el Comité Francés de Liberación Nacional de Argel, siempre había trabajado por el estrechamiento de las relaciones transpirenaicas, deplorando que luego se hubieran deteriorado y deseando que se estableciera un clima de mutua confianza. Y había sugerido ya una posible participación de España en las responsabilidades de una OTAN proyectada "au delà de la Méditerranée". La acogida eufórica del gaullismo por el régimen de Franco quedó bien ilustrada en la "extraña nota" - juzgaba el Elíseo - que, tras la entrevista, el embajador envió al presidente francés, relacionando bajo el elocuente título de "paralelismos", las simetrías entre el General y el Caudillo: ambos militares, ambos llegados al poder desde África, ambos orientados hacia la regeneración de las patrias mediante gobiernos de autoridad. Solamente

<sup>22</sup> Mallet a FO, 10.XII.1958 (PRO, FO 371-136652).



que el camino español había sido más difícil: con una terrible guerra civil por medio y resistiendo durante muchos años al aislamiento y a la incompreensión internacionales, al cabo de los cuales España había ganado la batalla.<sup>23</sup>

Pero la normalización de las relaciones entre París y Madrid pasaba por la liquidación del viejo contencioso del exilio político español en Francia y la correlativa lealtad que en la coyuntura podían exigir los franceses a la política de Madrid en su problema – también “interno”- de Argelia. Naturalmente el primero era mucho más viejo, insidioso y perjudicial que el segundo y, una vez que la alegada política antifrancesa en Marruecos había dejado de existir, carecía de cualquier razón plausible. De hecho, ésas venían siendo a juicio del ministerio de Extranjeros francés las dos “hipotecas” (el exilio español y la política antifrancesa de España en Marruecos) que habían envenenado las relaciones franco-españolas desde 1939, impidiendo que el acuerdo de buena vecindad Bérard-Jordana de febrero de aquel año hubiera tenido alguna traducción práctica<sup>24</sup>. Internacionalmente consolidado el franquismo y resuelta en colaboración la cuestión norteafricana después de 1956-57, el hostigamiento político de la República a la España de Franco carecía ya de todo fundamento. Quedaba la inercia de la antipatía francesa hacia la dictadura española, el peso de la opinión interna y sin duda las dificultades legales para combatir en forma y manera las diversas y porosas, aunque cada vez menos eficaces, acciones del exilio español contra el régimen de Franco. ¿Cuáles eran esas actividades de los exiliados y esos apoyos que encontraban en las autoridades francesas?

Los sedicentes gobiernos republicano y vasco en el exilio disponían de sendos locales en París, cedido el primero por la administración francesa tras la Liberación. Francia subvencionaba también con una cierta cantidad a sus miembros y les concedía “cartas diplomáticas”, anualmente renovadas, que implicaban algunos privilegios. Se trataba más bien de una política de respeto, de escasa traducción operativa, pero cuyo simbolismo resultaba ofensivo para Madrid.

Existía también en Francia un arco partidario y sindicalista, amplio y activo, que cubría prácticamente todo el espectro de izquierdas de la época republicana: el PSOE, la CNT, la CNT-MLE anarquista, UGT, movimiento socialista catalán, izquierda catalana republicana, partido nacionalista vasco, etc...Y, aunque los grupos comunistas (PCE, PSUC, POUM..) no estaban legalizados, seguían actuando de hecho. Todos ellos tenían intensa actividad política, a pesar de que la legislación francesa prohibía la implantación de sindicatos extranjeros en territorio nacional y la realización de actividades políticas a agrupaciones foráneas. El Quai d'Orsay tenía pocas dudas de que todo aquello caía fuera de la ley, siendo tolerado bajo cuerda: *“Como reconoce el Ministerio del Interior, son muy raros los grupos políticos de emigrados que tienen una existencia legal. En la práctica, las*

<sup>23</sup> Archives Nationales. Section du XXe Siècle. 5AG1/175 (Présidence du Général de Gaulle. Affaires Étrangères. Espagne : entretiens, correspondance et papiers divers. 1958-1967).

<sup>24</sup> Nota del Ministère des Affaires Étrangères, 30.IV.59 (ADFC “Europe 1956-60. Espagne.”, carpeta nº 230).

*autoridades francesas se muestran ampliamente tolerantes, bien porque cierran los ojos ante las actividades políticas o sindicalistas de asociaciones regularmente autorizadas a funcionar, bien porque admitan más generalmente la existencia de grupos de hecho no declarados”.*

Esas organizaciones políticas o sindicales se hacían especialmente visibles mediante la reunión de congresos. Sólo en el verano de 1958 había habido siete en la región sudeste (Toulouse y Perpignan), donde normalmente los partidos tenían sus sedes permanente, sus locales y la gran mayoría de sus partidarios y afiliados.

La prensa del exilio era variada. Editados en Toulouse, *El Socialista*, *CNT*, *España Libre* o *CENIT* eran de venta en los kioscos, mientras que *Mundo Obrero* (órgano del PCE), que había pasado a editarse en Praga, circulaba en Francia y entraba también en España. Otras publicaciones consistían en hojas para militantes, editadas a menudo por las imprentas de París a las que acudía el Gobierno Republicano en el Exilio para sus publicaciones.

La radio y la televisión eran asimismo vehículo de propaganda antifranquista. Unos dos millones de oyentes en España podían recibir las emisiones de Radio París (onda corta) o Radio Toulouse (onda media), que tenían más audiencia. España podía con razón acusar a Francia de infringir la normativa internacional, que solo permitía emitir en onda corta las emisiones desde un determinado territorio en lengua extranjera.

El gobierno español se lamentaba con frecuencia de la porosidad de una frontera que conectaba fácilmente el exilio con el interior, introducía propaganda e incluso algún armamento.

Especialmente delicado era el tema de las extradiciones que, amparándose en la más que dudosa calidad de refugiado político, impedía la entrega de personas acusadas de delitos de derecho común. Era frecuente que los tribunales denegasen la extradición o que el ministro de Justicia la anulase cuando la sentencia había resultado favorable a concederla.

Por último, existía una cuestión de fondo, interferida por razones políticas, que era la situación general de los españoles en Francia, que en 1959 la embajada española en París evaluaba en 460.000. La Oficina Francesa de Protección a Refugiados y Apátridas reconocía la calidad de refugiado político a unos 123.000. Esa cifra probablemente se correspondía muy mal con la realidad. Estaba seguramente muy inflada, entre otras razones por las ventajas que se obtenían con la condición de refugiado en la renovación de las cartas de trabajo y otros beneficios sociales y laborales.

El informe del Quai d’Orsay que desarrolla la referidas actividades del exilio español en Francia, mostraba con meridiana claridad la posición favorable de la diplomacia de París a las reclamaciones españolas y los obstáculos que generalmente venía encontrando en los ministerios de Interior y Justicia y en las propias autoridades administrativas francesas. Justicia revocaba sentencias de extradición; a pesar de que un memorándum francés de 1952 se comprometía a prohibir toda manifestación pública de los emigrados en los departamento limítrofes, Interior evitaba impedir la celebración de congresos, considerando

“manifestaciones públicas” sólo las producidas en la calle, y se resistía a secuestrar publicaciones antifranquistas, apelando al principio de libertad de prensa de la ley de 1881.<sup>25</sup>

No obstante, a partir de 1956 y aún más desde la llegada de de Gaulle al poder, las autoridades francesas trataron de resolver con medidas crecientemente limitadoras la actividad del exilio español. Una vez más la nueva diplomacia española de Castiella, empeñada también en el reencuentro con París, lo había planteado de manera más formal en el otoño de 1958: era llegada la hora de que ambos países se pusieran de acuerdo para combatir en cada uno de ellos las actividades contra el otro. Y lo había dicho, explicaba la Nota del Quai d’Orsay “con un espíritu que aparentemente excluye toda idea de <mercadeo> (sic) y con un tono de gran objetividad”.<sup>26</sup>

No hay duda de que la Francia de de Gaulle dejó atrás las viejas complacencias con las actividades antifranquistas, persiguiéndolas de forma más efectiva y prohibiendo la legalización en Francia de una “Unión Cívica Española”, representante de la estrategia insurgente de corte castrista liderada por el español Alberto Bayo, que era instructor de las fuerzas de Castro.<sup>27</sup> A principios de 1961 el gobierno francés explicaba a su embajador en Madrid las medidas adoptadas: el Quai d’Orsay acababa con todos los privilegios y cortaba toda comunicación con el GRE y con la “Delegación del Gobierno Vasco” que pudiera dar pretexto a cualquier consideración oficial; el gobierno perseguiría, dentro siempre de los márgenes de la ley, las publicaciones, emisiones, manifestaciones y reuniones de oposición al régimen de Franco. En suma “El gobierno francés seguirá tomando todas las medidas para prohibir en su territorio las actividades que afecten al orden y a la seguridad interna de España. Cf. Contactos permanentes entre los servicios de los dos países con ese objetivo Cf. Investigaciones a demanda de parte. Cf. Ciertas expulsiones y prohibiciones de acceso al territorio a individuos que actúen desde ciertos países de América Latina”<sup>28</sup>. El GRE, ya una momia venerable, quedaba aislado y carente de sentido en la capital francesa, planteándose como destinos alternativos Marruecos, Yugoslavia o Méjico, todos con graves inconvenientes (el primero, por lo que pudiera molestar a Francia; el segundo por la imagen de aproximación al comunismo; el tercero, porque podría parecer un alejamiento de España),<sup>29</sup> mientras que la supresión de la asignación presupuestaria (500.000 francos mensuales) dejaba al anciano Presidente de la República en el exilio en situación de grave estrechez.<sup>30</sup>

<sup>25</sup> *Ibidem*.

<sup>26</sup> *Ibidem* y Tournelle a MAE, 20.X.1958 y carta de Castiella a Tournelle, 17.X.1958. (ADFC “Europe 1956- 1960. Espagne”, carpeta n° 241).

<sup>27</sup> Archives Nationales. Section du XXe Siècle. 5AG1/175 (Présidence du Général de Gaulle. Affaires Étrangères. Espagne : entretiens, correspondance et papiers divers. 1958-1967).

<sup>28</sup> “Mesures relatives aux émigrés et réfugiés espagnols” (enero 1961) (Sirvió de base para el telegrama a la Embajada en Madrid del 28.I.61) (Présidence du Général de Gaulle. Affaires Étrangères. Espagne : entretiens, correspondance et papiers divers. 1958-1967).

<sup>29</sup> Quejas del GRE, noviembre 1960 (*Ibidem*).

<sup>30</sup> Nota de E.M. Manach a Jean Marie Soutou, relatando el almuerzo con Fernando Valera, ministro de Estado de la República, el 9 de noviembre (¿1961?) (*Ibidem*).

A finales de ese año, una “Nota para el General” de la Secretaría de la Presidencia de la República ponía en duda la conveniencia de aplicar esas medidas, de consideración más o menos protocolaria, hacia las personalidades del Gobierno Republicano Español (supresión de cartas diplomáticas, de la subvención al Presidente, o e las funciones de relación con el exilio español encomendadas a un funcionario del Quai d’Orsay), porque conculcaban la tradición de hospitalidad francesa, mostraban una inconveniente complicidad con el régimen franquista, que lo explotaría a modo y manera, y desmoralizarían a los opositores al franquismo, monárquicos incluidos, que contaban con numerosos amigos en Francia. Y se concluía que *“por todas esas razones, parece indispensable atenerse en esta cuestión al estricto mínimo que exige la necesidad en que estamos situados, como consecuencia de las actividades en España de ciertos elementos antinacionales que, a pesar de las afirmaciones de nuestra embajada en Madrid, siguen beneficiándose de la complicidad, más o menos confesada, de las autoridades (españolas)”*. Las resistencias al giro de la actitud francesa ante el exilio español eran, por tanto, importantes. Pero no debieron bastar para frenar la nueva política. El General se limitaba a mostrar su acuerdo únicamente con el mantenimiento de la subvención al Presidente de la República.<sup>31</sup>

Estaban en lo cierto quienes en Francia apoyaban el final de la larga complacencia con la oposición antifranquista, porque la sociedad francesa había evolucionado en esa dirección. Una encuesta, en manos del Presidente de la República, realizada por el Instituto Francés de la Opinión Pública entre el 5 y el 12 de febrero de 1963, sobre una “muestra nacional representativa de la población francesa adulta”, arrojaba resultados bastante elocuentes: aunque eran más los franceses con mala opinión de Franco (26%) que los favorables (11%), dominaban los indiferentes (34%) y los que no se pronunciaban (29%); y, cuando se les preguntaba por una “aproximación de Francia a España”, la opinión favorable era abrumadora (44%, frente a 17% en contra y 39% que no se pronunciaba).<sup>32</sup>

La contrapartida de la nueva política española de Francia fue asimismo una mudanza bien visible en la política francesa del gobierno franquista, que se concretó sobre todo en la cuestión argelina. Los avances fueron visibles desde fines del 56 y adquirieron impulso dos años más tarde, cuando ambos gobiernos, conscientes de esa favorable evolución, se plantean la necesidad de dar estado de naturaleza, sistematizando la colaboración<sup>33</sup>. Desengañado con el

<sup>31</sup> Vid. “Note pour le Général” De la Secretaría General de la Presidencia de la República, 20.XII.1961. El documento lleva una nota a lápiz, junto al párrafo relativo a la supresión de la subvención, que dice “El General estaría de acuerdo en que se haga algo sobre este tema” (*Ibidem*).

<sup>32</sup> Archives Nationales. Section du XXe Siècle. 5AG1/175 (Présidence du Général de Gaulle. Affaires Étrangères. Espagne : entretiens, correspondance et papiers divers. 1958-1967).

<sup>33</sup> El desencadenante fue el paso por España con pasaporte egipcio del Dr. Ahmed Francis, ministro del sedicente Gobierno Argelino Libre, que motivó una protesta francesa y una convincente respuesta española. Castiella aprovechó para plantear la necesidad de un definitivo entendimiento para que ambos Estados reprimieran las actividades contrarias al otro, en lo que venía ya avanzándose de forma bastante satisfactoria, como París y Madrid reconocían. Sobre ese giro vid. Casa Rojas a Couve de Murville 5.X.1958; Castiella a Tournelle, 17.X.1958; Tournelle a Couve de Murville,

nacionalismo árabe, con las posibilidades reales de desempeñar el tan cacareado papel puente que neutralizase al comunismo y deseoso de aproximarse a Francia, el franquismo pasó a apoyar abiertamente la continuación de la presencia francesa en Argelia, votando en Naciones Unidas a favor de las tesis de París, y a perseguir, como reclamaba Francia, a los activistas del FNL en su territorio. El abandono de la estrategia "arabista" y el apoyo a las posiciones francesas era un viraje, abiertamente declarado como tal por el ministro del Ejército al embajador de la República a finales de 1959.<sup>34</sup>

Tan sólo cuatro días más tarde, el propio Caudillo repetía esas ideas al Presidente norteamericano, de visita a España. Castiella había querido trasladar al embajador francés personalmente la memoria de esa entrevista. Franco le había dicho a Eisenhower que, mientras la URSS trataba de modernizarse y de aproximarse a Europa occidental, intentaba destruirla actuando en África. Por eso España se sentía tan inquieta por la inestable situación de Marruecos y apoyaba a pies juntillas el mantenimiento de Francia en Argelia. El embajador francés creía que Franco sugería a su interlocutor los riesgos de una política prematura de distensión y que sus opiniones eran sinceras, revelando las preocupaciones reales de España, que tenía encima la frontera caliente de Marruecos y Argelia, lo que, felizmente, la había llevado a vincularse a Francia y a apoyar de forma decidida su política de resistencia en ese último territorio.<sup>35</sup> El embajador británico tampoco tenía dudas de la firmeza de la posición española sobre Argelia y de la admiración de Franco por el Presidente francés.<sup>36</sup>

De forma un tanto similar a lo acontecido en 56 con Marruecos, el cambio pragmático de la posición de París sobre el problema argelino hubo forzosamente de repercutir en España, aunque, recogiendo la graduada evolución de la política argelina de de Gaulle (que, en septiembre del 59 había comenzado ya a hablar de autodeterminación), en su entrevista con Eisenhower Franco se había referido a una preparación de la colonia para alcanzar una eventual independencia en colaboración con Francia. Pero la aceleración de los acontecimientos, con la celebración del referéndum del 61, el frustrado golpe de los generales, de abril de ese año, la apertura de las negociaciones de Evian, en mayo, y la constitución de la OAS, parecía dejar a la España franquista colgada del vacío. El propio Castiella, en un gesto de humor alterado por lo que en general consideraba una falta de reciprocidad ante las muestras de amistad española, se había dolido ante el embajador de Francia del cambio de rumbo de París disponiéndose a abandonar Argelia y acometiendo conversaciones, en octubre del 60, para la independencia

17.XI.1958; Couve de Murville a Tournelle 18.XI.1958; Couve de Murville a Ministro Interior, 18.XII.1958 (ADFC "Europe 1956-60. Espagne", carpeta nº 230). "Note pour le Ministre des Affaires Etrangères -Cabinet- 22.X.1958 (Archives Nationales. Section du XXe Siècle. 5AG1/175 -Présidence du Général de Gaulle. Affaires Étrangères. Espagne : entretiens, correspondance et papiers divers. 1958-1967).

<sup>34</sup> Roland de Margerie a MAE, 18.XII.1959 (ADFC, "Europe 1956-60. Espagne », carpeta nº 241).

<sup>35</sup> Roland de Margerie a MAE, 23.XII.1959 (*Ídem*, carpeta nº 237).

<sup>36</sup> Despacho de Mallet al Foreign Office, 29.XII.1959 (PRO, FO 371-144937).

de Mauritania<sup>37</sup>. De hecho, conociendo los temores de los españoles a quedar solos frente a las aspiraciones anexionistas sobre el Sahara, los franceses aseguraron a Madrid que, en sus negociaciones con Mauritania, en ningún caso Francia dejaría de respetar los intereses saharauis de España<sup>38</sup>. Aunque algunos sectores importantes del régimen (por ejemplo Serrano Súñer) y de las fuerzas armadas (sobre todo el ejército del Aire) criticaban la nueva política argelina, mostraron simpatías - y acaso complicidades - con los militares rebeldes y con la OAS, los embajadores británico y francés no tenían dudas de que Franco, deseoso de mantener buenas relaciones con de Gaulle, impulsaba también ahora una posición de comprensión y respeto hacia la nueva orientación de París<sup>39</sup>. El episodio de la huída de Salan y del coronel Argout, a pesar del contratiempo, sirvió más a la mejora que al empeoramiento de las relaciones hispano-francesas. Y, en definitiva, como reconocía a las claras el embajador francés, *“a despecho de preferencias secretas o instintivas”*, Franco y sus colaboradores *“bien informados sobre la relación de fuerzas en Francia por su embajador en París”* (Areilza), *“optaron (...) por el general de Gaulle y su gobierno y tomaron las medidas necesarias para neutralizar a la mayor parte de los facciosos”*.<sup>40</sup>

En el amplio e interesante despacho de fin de su misión en Madrid, Margerie concluía con un balance así de positivo sobre el colaborante entendimiento hispano-francés en la cuestión central que durante tantos años había envenenado las relaciones transpirenaicas: *“Por nuestra parte, conscientes de nuestro interés en ver al gobierno español adoptar, en relación a los franceses culpables de actividades subversivas o de preparación de atentados, medidas análogas a las que España nos reclamaba desde hacía veinte años que aplicáramos en nuestro suelo a los españoles que se encontraban en el mismo caso, sin violar en nada las leyes y las tradiciones de hospitalidad, fuimos poniendo término poco a poco a complacencias inútiles, a favores carentes de objeto, y a los abusos flagrantes con que algunos exiliados recompensaban bastante mal nuestra tolerancia. Esta doble acción paralela, de la que quedará poco rastro en los dossiers, pero que ha dado lugar a múltiples y delicadas demarches, ha hecho mucho por disminuir el contencioso, sobre todo psicológico, que subsistía entre Madrid y París, y para acrecentar en los dos gobiernos y administraciones la comprensión que podían tener de los problemas del otro”*.<sup>41</sup>

Más allá de la resolución de los viejos contenciosos que habían animado las desconfianzas y las insidias políticas entre Madrid y París, las relaciones franco-españolas fueron avanzando hacia la colaboración en algunos de los grandes temas internacionales que interesaban a España. La Francia de de

<sup>37</sup> “Note pour le Ministre” (R. de Margerie), 15.II.1961 (Archives Nationales. Section du XXe Siècle. 5AG1/175 Présidence du Général de Gaulle. Affaires Étrangères. Espagne : entretiens, correspondance et papiers divers. 1958-1967).

<sup>38</sup> Secretario de Estado para las Relaciones con los Estados de la Comunidad a MAE, Paris, 17.X.1960 - copia - (ADFC “Europe, 1956-60. Espagne”, carpeta n° 241).

<sup>39</sup> Annual Report. Spain 1961 (PRO, FO 371-163800). Roland de Margerie a MAE, 15.XI.1960 (ADFC, “Europe 1956-60. Espagne”, carpeta n° 241).

<sup>40</sup> Roland de Margerie a MAE, Madrid 29.V.1962 (ADFC “Europe. Espagne. 1962-65”, carpeta n° 381).

<sup>41</sup> *Ibidem*.

Gaulle mostró buenas disposición de principio al ingreso de España en OTAN y a su vinculación al Mercado Común, aunque la oposición política que esas pretensiones suscitaban en la mayoría de los socios eximían a París de posiciones más comprometidas. Tampoco la diplomacia francesa se avino a convertir las buenas relaciones transpirenaicas en una especie de *entente* como se deseaba en el Palacio de Santa Cruz. Esa idea transcendía desde el principio de la voluntad expresada por Castiella de normalizar las relaciones hispano-francesas y había estado subyacente en la significación del propio encuentro de ambas diplomacias en la Isla de los Faisanes para celebrar el tricentenario de la Paz de los Pirineos (octubre 1959). Al menos desde 1962 el embajador español en París, Areilza, había mostrado su empeño para que de Gaulle visitara España<sup>42</sup>. A finales de 1963, tanto Castiella, en su encuentro con Couve de Murville, como Areilza, en conversación con su homólogo francés en Madrid, habían postulado la firma de un "acuerdo político" en el que podrían enmarcarse los acuerdos puntuales sobre diversas materias. Se trataba en definitiva de una propuesta de "entente", que elevase, y consagrarse en un plano internacional superior, las relaciones amistosas de París y Madrid. Sin embargo, la diplomacia francesa no parecía dispuesta a ir tan lejos en su relación con la España franquista, dejando habitualmente sin réplica este tipo de requerimientos. No obstante de Gaulle era bastante más sensible a las propuestas españolas. Cuando en la audiencia concedida a Castiella, en diciembre de 1967, el ministro español sugiera de nuevo la firma de acuerdos y el deseo de que Francia apoyase con decisión la demanda española de adhesión al Mercado Común, el presidente francés había dicho "*que él era favorable a las demandas del Sr. Castiella y que las había acogido con simpatía*".<sup>43</sup>

Aunque siempre menos de lo que deseaba la España franquista, cuando se inicia la década de los años sesenta, la diplomacia francesa se había abierto a la comprensión de la realidad española. Había buenos motivos que el embajador en Madrid esgrimía con realismo a propósito de la oposición que, por razones políticas, suscitaba la candidatura española al Mercado Común. ¿No estaba España ya en ONU y en la OCDE?. Sin duda el franquismo ni era una democracia, ni gozaba de simpatías, pero era un hecho consolidado y sin alternativas. Sus propios adversarios no sabrían por qué sustituirlo y la única oposición, en el exilio, vivía en la nostalgia del pasado y había perdido contacto con la realidad del país. Si para cualquier cambio había que esperar a la desaparición de Franco, siempre sería bueno que para entonces se hubieran ido creando condiciones internas de evolución que sólo podrían darse en contacto con la Europa democrática. Ésa

<sup>42</sup> En agosto y diciembre (Archives Nationales. Section du XXe Siècle. 5AG1/175 Présidence du Général de Gaulle. Affaires Étrangères. Espagne : entretiens, correspondance et papiers divers. 1958-1967).

<sup>43</sup> Entrevistas de Castiella con Couve de Murville del 20.XI.1963, informándole de su entrevista con Kennedy y de la renovación de los acuerdos de bases con Estados Unidos. Entrevista, en diciembre, de Motrico con el encargado de negocios francés en Madrid. Según Areilza para el "acuerdo político entre Francia y España" no se precisaría de un instrumento específico, bastando con que se consagrara en el preámbulo de uno de los acuerdos técnicos (Archives Nationales. Section du XXe Siècle. 5AG1/175 Présidence du Général de Gaulle. Affaires Étrangères. Espagne : entretiens, correspondance et papiers divers. 1958-1967).

sería la mejor forma de combatir al franquismo. De hecho, el régimen de Franco no era un acaso, ni una excepción histórica, sino la expresión de una trayectoria de la historia española del XIX y XX, caracterizada por el fracaso democrático. Pero no por ello había que seguir viendo *"en todo español un mal belga o un mal francés, sólo porque se revele inepto para el ejercicio razonable del sufragio universal"*. El camino para democratizar a España no era el aislamiento, sino todo lo contrario. De modo, concluía, que *"ha llegado el tiempo en que los partidos de izquierdas de nuestras grandes democracias comprendan que si quieren meter a España en la salsa liberal, es necesario abrirla sus fronteras y no dejarla cocerse en su jugo a lo que ya ella tiene tendencia a complacerse"*.<sup>44</sup>

En su nueva actitud hacia la España franquista, Francia veía además una baza política de independencia internacional, tan cara al gaullismo, el interés del mercado y, en general, el mantenimiento de una tradicional posición de predominio en el ámbito de los países mediterráneos. A pesar de todas las contradicciones, tan propias de un país genéticamente contradictorio y por ello irreductible a caracterizaciones simplistas, España – decía el embajador francés al finalizar su misión en Madrid – tenía una clara propensión hacia Francia y ésta debía cuidar prioritariamente las relaciones con la gran nación del sur. No le sería difícil ganarse la voluntad del vecino transpirenaico *"si sabemos ejercer sobre él nuestra influencia, sin dejarle sentir nuestra superioridad"*. Porque *"a pesar de las desconfianzas, antiguas y siempre presentes, España – concluía con metáfora de dudoso gusto – sólo está pidiendo que la fecundemos"*.<sup>45</sup>

### 3.2. Británicos

Si las relaciones hispano-francesas habían mejorado de forma casi espectacular, también fueron normalizándose las de Madrid y Londres. El ingreso de España en ONU fue asimismo un punto de inflexión, aún más visible habida cuenta de la tensión generada un año antes por la visita de la reina a Gibraltar y las restricciones impuestas por Madrid a la entrada de trabajadores españoles a la Roca. La iniciativa del cambio provino de Inglaterra, que, como atrás señalábamos, en octubre de 1955 había aprobado un fundamental *"cabinet paper"*, donde se daba luz verde a una política de aproximación a Madrid basada en la idea de que el régimen franquista era una realidad asentada y que la estrategia de mano tendida, además de aliviar las restricciones sobre Gibraltar, constituía el único camino realista para facilitar evolución de la situación interna española.<sup>46</sup>

Los sucesivos embajadores en Madrid, Ivo Mallet y, desde junio de 1960, George Labouchere insistirán en la conveniencia de proseguir en esa vía para acompañar y auxiliar las transformaciones internas del régimen franquista,

<sup>44</sup> Telegrama de Roland de Margerie a MAE, 19.II.1962 (ADFC "Europe 1961-68. Espagne", carpeta nº 329).

<sup>45</sup> Roland de Margerie, 29.V.1962 (ADFC "Europa 1962-65. Espagne" carpeta nº 381).

<sup>46</sup> Cabinet Paper 20.X.1955 (PRO FO 371-130343).



inevitablemente influidas por los cambios socioeconómicos. En 1956 Mallet se quejaba incluso de que esa directiva de aproximación, de octubre de 1955, no se estaba viendo reflejada en la práctica e insistía en la necesidad de un mayor realismo por parte de los medios políticos británicos y de los sindicatos, cuya presión estaba condicionando la posición de los gobiernos. El Foreign Office no discrepaba de las ideas del embajador, pero insistía en las limitaciones presupuestarias para el desarrollo de tantas actividades como sería conveniente desplegar en España, a la que también reprochaba una falta de disposición a estrechar las relaciones con Inglaterra, manteniendo las restricciones en el tránsito de trabajadores hacia Gibraltar y persistiendo en entorpecer la actividad de las organizaciones evangélicas.<sup>47</sup>

Uno de los más visibles bancos de prueba sobre el alcance de la apertura a la España franquista era la cuestión de su posible incorporación a la OTAN. Londres no tenía el menor interés en que ésta se produjera, porque podría plantear el problema de Gibraltar y, además y sobre todo, porque la vía norteamericana de integración de Madrid en la defensa occidental ya satisfacía los intereses estratégicos de la Alianza. Pero el gobierno inglés no deseaba significarse por su oposición, de modo que utilizaba como argumento la negativa manifiesta de los Estados del norte (Países Bajos y escandinavos) que, de plantearse la propuesta, generaría una indeseable división en el seno de la Alianza. En suma, Londres sólo aceptaría el ingreso de España si los demás países miembros daban también su *placet*. El embajador Mallet proponía que se les declarara esta posición, lo que favorecería no poco la causa de España, pero el Foreign Office, precisamente por eso, sólo aceptaba declararla a Madrid, en el caso, poco probable, de que los españoles suscitaran la cuestión<sup>48</sup>. Tal actitud se mantendría de forma constante, revelando esa tendencia, tan propia de la diplomacia británica, a rehuir compromisos prematuros y a dejar abiertas posibilidades distintas según las circunstancias fueran evolucionando.

Lastrados por la cuestión de Gibraltar y las resistencias del franquismo a solucionar la cuestión de la libertad de las actividades de las comunidades protestantes, los avances en la aproximación hispano-británica fueron menos prometedores de lo que había previsto la diplomacia británica<sup>49</sup>. El balance de la política de aproximación que a finales de 1959 realizaba el embajador Mallet estaba lleno de reservas. Tal vez, pensaba, en vez de favorecer la evolución interna, reblandeciendo la dictadura, la política de impulso a la reinserción internacional de España, había contribuido a solidificar al régimen como siempre habían mantenido los opositores. En todo caso, aún no podía afirmarse nada con seguridad, porque faltaba el paso fundamental del ingreso español en la OTAN y quedaban por ver los resultados del Plan de Estabilización y de la presión que, en

<sup>47</sup> Vid. Despachos de Mallet 24.II, 22.VI, 9 y 31.VIII 1956. Y de FO 17.VII y 20.VIII 1956 (todo PRO, FO 371-124142).

<sup>48</sup> Entrevista de Mallet con ministro del FO 11.VII.1957. Minutas de 22 y 24. VII. 1957 del documento "Spain and Nato". Minuta de 9.VIII.1957. "Briefs for the Nato Meeting Item II (3) Admission of the Spain Nato" (PRO, FO 371-130343).

<sup>49</sup> Annual Report. Spain 1958 (PRO, FO 371-144925).

caso de que éste fracasara, podría ejercerse con el arma de la ayuda económica.<sup>50</sup> Las reservas del embajador estaban en lo cierto al considerar los efectos políticos inmediatos de los cambios internacionales de España. Pero, atendido más bien a los resultados a largo plazo, su sucesor, Labouchere, descubría en 1960 un horizonte relativamente distinto. Comparando la situación del país que había conocido como tercer secretario de embajada en 1930-32, con la que se le ofrecía a su regreso, casi treinta años más tarde como embajador, el contraste era abismal. Aquella España, pobre, analfabeta, con inmensas diferencias sociales, donde no podía arraigar la democracia republicana, había sido sustituida por un país en acelerado progreso económico, con una clase media, antaño inexistente, que favorecía la estabilidad política y cerraba el paso a soluciones revolucionarias. Era cierto que la evolución socioeconómica no se había acompañado de cambios en el terreno político y que eso planteaba todo tipo de interrogantes de futuro. Pero el análisis de Labouchere apuntaba más a los cambios profundos de la sociedad y a las transformaciones económicas como soportes futuros de una auténtica democratización del país.<sup>51</sup> Estaba implícita, en suma, una perspectiva de modernización y de transición democrática más allá y por encima del tiempo y de la circunstancia del franquismo, políticamente inmóviles, mientras viviera Franco.

Pese a las reticencias por ambas partes y a los obstáculos reales, la aproximación hispano-británica dio pasos importantes a comienzos de los sesenta, con el intercambio de visitas oficiales. En el otoño de 1959 Castiella – rechazado años antes como embajador en Londres– se había entrevistado en la capital inglesa con el ministro del Foreign Office, en su viaje para encontrarse con el presidente Eisenhower, y había vuelto, ya en visita oficial entre el 9 y el 12 de julio de 1960, incluyendo, junto a los encuentros con el *premier* (Mac Millan) y el ministro del Foreign Office (Selvin Lloyd), entrevistas con los medios económicos y financieros de la City, que tanto interesaban al proceso de modernización y a la política europeísta españoles del momento.<sup>52</sup> A finales de mayo del año siguiente el ministro de Exteriores británico, ahora Douglas Home, devolvía la visita en Madrid, donde se entrevistaba con Castiella y con Franco<sup>53</sup>. Por su rango oficial eran encuentros de indudable significación política, que trataban de consagrar e impulsar el camino de la normalización internacional española y la aproximación, en la que tanto insistía la diplomacia del Palacio de Santa Cruz, de España al espacio de la Europa occidental, cada vez más consonante con el proceso de modernización económica que se estaba produciendo. En su encuentro con Home, Castiella había mostrado especial interés por el proceso de unidad europea, así como su inquietud ante las alternativas EFTA-CEE y la posición que viniera a adoptar el Reino Unido. Más complicados de despejar eran los problemas concretos relativos a la libertad de la comunidad protestante

<sup>50</sup> Despacho de Mallet, 17.XI.1959 (PRO, FO 371-144937).

<sup>51</sup> Annual Report. Spain 1960 (PRO, FO 371-160266).

<sup>52</sup> *Ibidem* y Roland de Margerie a MAE, 19.IV. y 19.VII.1960. Embajador francés en Reino Unido a MAE, 22.VII.1960 (ADFC, "Europe 1956-1960. Espagne", carpeta n.º 238).

<sup>53</sup> Vid. "Visit of the Foreign Secretary to Portugal and Spain. May 25-31, 1961" (PRO CAB 133-298).

británica en España<sup>54</sup> y a las restricciones a la entrada de trabajadores españoles en Gibraltar. En ambos casos, sin embargo, el ministro español había prometido a Home una voluntad de arreglo<sup>55</sup>. En su entrevista con Franco (30 de mayo), el Caudillo había expresado la necesidad de apoyar a Portugal, enfrentado a la sublevación de Angola, en la que veía no una revuelta nacionalista, como creía Home, sino el reflejo de la estrategia comunista de expandirse por las áreas del Tercer Mundo.

### 3.3. Italianos y alemanes

También se hicieron más estrechas las relaciones con las otras dos grandes democracias europeas de posguerra: Italia y Alemania.

Las relaciones con Roma eran más contradictorias. Italia, que nunca, ni siquiera como aliada del franquismo en la guerra civil, había despertado excesiva admiración, suscitaba una mezcla de celos y desconfianza. En la perspectiva del franquismo y de su genuina democracia, que, para serlo, sólo podía ser "orgánica", la democracia cristiana italiana era un claudicante híbrido que estaba favoreciendo los avances del comunismo, mientras que la recuperación económica, fuertemente apoyada por los Estados Unidos, contrastaba con las dificultades de España, injustamente discriminada a pesar de constituir el más firme bastión anticomunista del Occidente.<sup>56</sup> Tanto en el plano económico como en el de los intereses internacionales las relaciones entre las dos penínsulas mediterráneas tenían un sesgo contradictorio. Los cambios en la política económica española desde 1957 tenían que incluir también a Italia, como había puesto a las claras el viaje ese año de Ullastres - que había sido la primera visita de un ministro español tras la caída del fascismo - o las reuniones técnicas de octubre de 1958, movidas por la inexcusable apertura a los intercambios comerciales y a las inversiones extranjeras, pero la colaboración económica no era fácil, en parte por las resistencias del autarquismo franquista.<sup>57</sup>

En el plano de los intereses internacionales se daba una indudable simetría entre Roma y Madrid, que coincidían en la conveniencia de un pacto mediterráneo capaz de mantener los lazos entre Europa y los países árabes.

<sup>54</sup> El problema concreto era el cierre de los locales y la confiscación de las biblias editadas por la *British and Foreign Bible Society*. Sobre los protestantes Castiella creía que el problema se resolvería con la nueva ley de libertad religiosa que se estaba preparando.

<sup>55</sup> Castiella no había ocultado a Home que las restricciones sobre Gibraltar se relacionaban con el problema de fondo de lo inadmisibles que resultaba para España el mantenimiento de esa situación colonial, pero también obedecían a la necesidad de combatir el contrabando. Se había acordado abrir conversaciones.

<sup>56</sup> Tournelle a MAE, 6.III.1956, (ADFC "Europe.1956-60. Espagne" carpeta nº 239). Puesto que los gobiernos de de Gaulle y de Adenauer, así como el sistema estable de Gran Bretaña, aparecían a la luz del régimen franquista como correcciones al "nefasto" parlamentarismo, sólo quedaba Italia como objetivo de ataque, lo que venía a confirmar el retroceso de la democracia cristiana y el avance del partido comunista en las elecciones municipales de noviembre de 1960 (Roland de Margerie a MAE, 15.XI.1960, ADFC "Europe, 1956-60. Espagne, carpeta nº 239).

<sup>57</sup> Tournelle a MAE, 30.IV.1957 y 13.X.1958, telegrama. F. de Vial a MAE, 10.XI.1958 (*Ibidem*).

Sin embargo esa coincidencia era a su vez motivo de desconfianzas por el peso internacional tan distinto de uno y otro Estado y por la natural rivalidad motivada por el protagonismo que los dos pretendían. Pero los intereses franceses por la cuestión argelina bloqueaban cualquier política de mediación mediterránea<sup>58</sup>. Mucho más en el caso de España que, en plena ofensiva europeísta de Castiella, no quería ni podía enajenarse la buena voluntad de París. Por eso, la propuesta italiana de finales de 1958 para impulsar una iniciativa mediterránea conjunta que mantuviera al mundo árabe en la órbita occidental, no encontró en la diplomacia española la menor posibilidad.<sup>59</sup>

Según suponía el embajador francés en Madrid, las relaciones hispano-alemanas habían sido frías hasta 1952. La España franquista - explicaba - no se había repuesto del todo de la frustración de la estrepitosa caída del Reich, ni olvidaba los intentos de satelización de que había sido objeto, mientras que para los alemanes la España de Franco había hecho gala de mezquino oportunismo en la guerra y, después, firmando con los vencedores en mayo del 48 un acuerdo de confiscación - y entrega de la mayor parte - de los bienes privados y públicos de Alemania.

Pero era preciso para ambas partes normalizar la situación, porque, además la opinión española tenía una tradición progermánica, por su histórica oposición a las potencias occidentales, y la prensa falangista se mostraba claramente germanófila. Además, había en España unos 30.000 alemanes, algunos, antiguos nazis, muy influyentes. Desde julio de 1952 el nombramiento como embajador en Madrid del príncipe Alberto de Baviera había iniciado una nueva etapa. Miembro de la realeza y pariente del pretendiente, D. Juan de Borbón, no entusiasmaba por eso mismo al régimen, pero fue muy bien acogido por la alta sociedad española monarcófila. Tras las elecciones de septiembre de 1953 había cambiado la actitud del gobierno español, que lanzó la consigna de enaltecer la recuperación económica de Alemania, debiendo incluso desmentir Bonn un supuesto viaje del canciller a Madrid, aunque la visita a Alemania del ministro de Agricultura, en mayo de 1954, reflejaba ya la mejora de las relaciones. La prensa propagaba por entonces que, frente a la decadencia de ingleses y franceses, Alemania se estaba convirtiendo en la gran potencia económica y que, junto con España, era el principal bastión de la defensa occidental. Y entretanto, desde el primer acuerdo de 1948 la posición comercial de Alemania en España no había cesado de incrementarse. El viaje a Moscú de Adenauer, en septiembre de 1955, había defraudado al régimen español y marcado los límites de esa vinculación a Bonn. Alemania, explicaba el ABC, sabía que la clave de su futura reunificación estaba en la URSS y subordinaba sus posiciones ideológicas y su posición en la defensa occidental a ese objetivo prioritario. Eso había fijado también la frontera del por un momento entusiasmo español pensando en vincular su futuro a la recuperación germánica. Pero Bonn, dispuesto a la firma de entendimientos puntuales (económicos, técnicos, culturales), no deseaba sin embargo un acuerdo

<sup>58</sup> Embajador francés en Roma (Gaston Palewsky) a MAE, 8.VII.1959 (*Ibidem*).

<sup>59</sup> Tournelle a MAE, 24.XI.1958, tel. (ADFC "Europe, 1956-60. Espagne", carpeta n° 241).

político, que sólo beneficiaría la posición de España en Europa sin ventajas para Alemania.<sup>60</sup>

Las relaciones hispano-alemanas se estrecharon de forma muy visible desde fines de 1957, gracias al empeño personal tanto de Castiella como del embajador alemán, Knappstein que habían conseguido liquidar la cuestión de los bienes alemanes en España. En abril de 1958 el ministro federal de Exteriores, Von Brentano, visitaba oficialmente Madrid, donde firmaba aquellos acuerdos. El viaje de Brentano dio lugar por una y otra parte a manifestaciones sobre la tradicional amistad hispano-alemana, la contribución española a la defensa occidental, el apoyo español a la unidad germánica, las mutuas esperanzas puestas en el Mercado Común y el deseo de la futura incorporación española.<sup>61</sup> Entre el 10 y el 16 de junio, el incansable Ullastres viajaba a Alemania, en busca de créditos y de ayuda para la política de modernización acometida por el franquismo.<sup>62</sup>

El entendimiento entre Madrid y Bonn tuvo una expresión indirecta e internacionalmente delicada cuando, durante la visita de Castiella a la capital alemana a principios de diciembre de 1959, se convino en discutir a partir de enero de 1960 el establecimiento de instalaciones militares en España. El problema era que Alemania carecía de profundidad defensiva suficiente en caso de ataque soviético y no consideraba que las ofertas francesas fueran bastante satisfactorias. El proyecto, en el que estaba personalmente empeñado el ministro de Defensa, Strauss - una personalidad de sesgo ideológico marcadamente derechista - tenía un irreprochable argumento técnico a su favor (la falta de profundidad defensiva alemana), pero se enfrentó, en cuanto se supo, a la oposición del Secretario General de la OTAN, Spaak, de los países más adversos al ingreso español en la Alianza (Países Bajos y escandinavos) y de las fuerzas izquierdistas europeas, sobre todo el laborismo británico y la socialdemocracia alemana. Se destapó la caja de los truenos del presente y del pasado: se quería meter por la puerta trasera en la OTAN al régimen fascista español; Alemania seguía siendo víctima de su tradicional expansionismo; España y Alemania ya habían estado unidas en el Eje. Strauss tenía otro buen argumento: ¿por qué los Estados Unidos podían tener bases en la "fascista" España y Alemania no? Pero el revuelo internacional que suscitó, acabó por liquidar el proyecto. El canciller alemán, Adenauer, declaró que su gobierno no haría nada al margen de OTAN. Los españoles explicaron que no había sido suya la iniciativa y repitieron el consabido argumento de que para cumplir su misión en la defensa occidental les bastaba y les sobraba con los acuerdos con Estados Unidos y con Portugal<sup>63</sup>, país este último donde precisamente vino a instalarse (en Beja) la base alemana.

Al cabo, la cuestión de las bases alemanas ponía claramente al descubierto los límites infranqueables que el repudio internacional suscitado

<sup>60</sup> Tournelle a MAE, 18.IV.1956 (ADFC, "Europe.1956-60. Espagne", carpeta n° 239).

<sup>61</sup> Clauzel a MAE, 15.IV.1958 (*Ibidem*).

<sup>62</sup> Tournelle a MAE, 25.VI.1958 y despacho del consejero comercial francés de 24.VI. 1958 (*Ibidem*).

<sup>63</sup> La documentación relativa al tema en ADFC "Europe, 1956-60. Espagne", carpeta n° 239.

por el franquismo interponía en el proceso de una plena normalización de las relaciones exteriores españolas. Así sería hasta el final.

### 3.4. *Americanos*

Los Estados Unidos fueron la gran potencia que, por razones de interés estratégico, se había adelantado a dar espaldarazo internacional a la España franquista. En la medida en que, hasta su término, el régimen vio limitada su presencia exterior, la relación con Washington sería siempre inexcusable y prioritaria. Pero también en la medida en que la diplomacia española fue avanzando en su camino – nunca concluido – de normalización internacional, la evidente asimetría de las relaciones hispano-norteamericanas se tornó menos soportable, y las críticas a los Estados Unidos fueron ganando espesura.

Había una relación inversamente proporcional entre la aproximación a Europa y el alejamiento, siempre subjetivo, respecto de la alianza con la gran potencia transatlántica. Los informes de los embajadores de Francia e Inglaterra coincidían en detectar en los años 1956-57 ese proceso de criticismo que ya no cesó de agrandarse, instalándose incluso como una realidad permanente – aunque generalmente contenida – en la visión exterior de los responsables políticos y de la opinión españoles. Las crisis simultáneas de Suez y Hungría en 1956, el cambio de gobierno, de febrero de 1957, y el desencadenamiento de la ofensiva marroquí contra las posesiones españolas en el Sáhara Occidental, a finales de ese año, tuvieron contundente reflejo en la percepción española de los Estados Unidos. No podía entenderse bien cómo los americanos se alineaban con la URSS en contra de las potencias occidentales, ni cómo permanecían inmóviles ante el brutal estrangulamiento de las libertades húngaras.<sup>64</sup> La guerra de Ifni haría sentir en carne propia los efectos de la ola anticolonialista, impulsando una revisión bastante profunda de todo el anterior discurso de complacencia con el fenómeno y de ataques a los poderes coloniales. Ahora España invertía el camino, solidarizándose con las potencias occidentales, colaborando con Francia y, a al contrario, destapando sus críticas frente a la política anticolonialista de los Estados Unidos, que estaba favoreciendo la hábil e insidiosa progresión del comunismo fuera de Europa<sup>65</sup>. Al mismo tiempo, la simultánea llegada de Castiella al Ministerio de Exteriores dejaba también en la política exterior española la impronta de las percepciones exteriores del nuevo responsable de la diplomacia española. Su tentativa de llevarla a una mayoría de edad, combinada con su acentuado nacionalismo y su innegable determinación europeísta, abocaban a una actitud de inconformismo con la supeditación del país a los intereses de Washington, como había expresado con bastante aspereza al embajador norteamericano cuando, en julio de 1957, ambos inspeccionaban las bases militares. En suma, *“teniendo siempre cuidado –escribía el embajador de París– de resaltar el valor estratégico esencial de su país para la defensa occidental, los*

<sup>64</sup> Tournelle a MAE, 26.XII.1956 y 22.I.1957 (ADFC “Europe. Espagne 1956-60”, carpeta 327).

<sup>65</sup> Vid. despacho de la embajada británica del 19.XII.1957 (PRO, FO 371-130327).

*españoles critican, a menudo de forma agria, los desfallecimientos de su gran socio: su ausencia de política activa hacia los países oprimidos, su torpeza en relación con los países árabes, su pérdida de prestigio en la carrera de los satélites artificiales, en una palabra, la incapacidad de su administración y la mediocridad de sus jefes*<sup>66</sup>.

La idea de que los Estados Unidos estaban jugando con fuego en la cuestión colonial y pecando de debilidad al aceptar de forma prematura una estrategia de distensión podía deducirse también de las observaciones que el propio Franco había hecho al presidente Eisenhower en su visita a Madrid en diciembre de 1959.<sup>67</sup>

La llegada de Kennedy a la Presidencia había empeorado la percepción española del gran aliado. No era una cuestión estrictamente ideológica. De hecho, la prensa española había seguido con interés y prudente equidistancia la campaña electoral que dio la victoria a los demócratas en noviembre de 1960, insistiendo con toda intención, pero también con toda razón, en la peculiar naturaleza del partido demócrata norteamericano, que no podía asimilarse a la izquierda europea.<sup>68</sup> Las críticas respondían a la frívola orientación de la política exterior de Washington, que de hecho representaba un acentuamiento, y no una novedad, respecto de la practicada por la anterior administración republicana, que ya había motivado un manifiesto enfriamiento de las relaciones en la segunda mitad de 1960. La intensa aceleración de la política anticolonialista, que desde principios de 1961 se había concretado en la ofensiva de Washington contra Portugal por el planteamiento de la cuestión de Angola, en su actitud complaciente con las razones políticas de los asaltantes del trasatlántico *Santa María* y en la cuestión de Goa, que en diciembre de ese año sería anexionada *manu militari* por la India del pacifista Nehru, agrió aún más el criticismo del régimen hacia los Estados Unidos. Para templar los ánimos, el 16 de diciembre de 1961 el secretario de Estado norteamericano, Rusk, recaló en Madrid de regreso del Consejo de la OTAN en la capital francesa para entrevistarse con Franco. La idea había sido de la embajada norteamericana en la capital de España, y el pretexto, la práctica ya habitual de informar a las autoridades españolas de las decisiones de la Alianza Atlántica. Franco reiteró una vez más sus advertencias sobre el peligro comunista, refiriéndose ampliamente a los temores que le inspiraba la situación de Marruecos, se mostró partidario de una revisión de los acuerdos de 1953 – cuya vigencia expiraba en 1963 –, y no de una simple renovación, como postulaba Rusk, puesto que a su juicio el poder de los bloques se había equilibrado – lo que no compartía su interlocutor– y España debía recibir armamento más moderno.<sup>69</sup>

La ocupación de Goa por la India – dos días después de la visita de Rusk

<sup>66</sup> Tournelle a MAE, 20.VII.1957 (ADFC “Europe. Espagne, 1956-69 », carpeta n° 237).

<sup>67</sup> El 22 de diciembre de 1959 Castiella le había trasladado al embajador francés, con lectura textual en muchos casos, el contenido de la memoria de la entrevista Franco-Eisenhower (Roland de Margerie a MAE, 23.XII.1959 (*Ibidem*)).

<sup>68</sup> Roland de Margerie a MAE, 21.XI.1960 (*Ibidem*).

<sup>69</sup> Vid. despachos de George Labouchere a Foreign Office, 9.VI.1961 y 18.XII.1961 (PRO,FO 371-160764). La información sobre el contenido de las entrevistas de Rusk con Franco y Castiella se la había proporcionado el encargado de negocios de la embajada norteamericana, Mc Bride.

a Madrid - reactivó en enero de 1962 el antiamericanismo en artículos de prensa, cuya violencia alcanzó una altura insuperable con el texto titulado "Hipócritas" del director del Instituto de Cultura Hispánica, Blas Piñar, publicado nada menos que en la "tercera página" de ABC el día 19. Era un compendio pertinente y valiente de todas las contradicciones en que incurría la "hipócrita" política norteamericana. Lo asombroso es que hubiera pasado la censura reglamentaria del Ministerio de Información y Turismo y la excepcional del Ministerio de Asuntos Exteriores, según reconocía el ministro Castiella, que naturalmente tuvo que apresurarse a dar explicaciones al embajador norteamericano, declarando que el artículo de marras había pasado por inadvertencia de Sedó y Oliví. El Gobierno destituyó fulminantemente a Piñar y se apresuró a publicar un desmentido, declarando que el explosivo escrito no respondía en absoluto a su sentir. El tema no pasó de ahí, pero el embajador británico veía en la anécdota la categoría. Escribía: *"Permanece el hecho de que un artículo groseramente ofensivo para los Estados Unidos fuera aceptado y publicado nada menos que en el ABC ¿Cómo pudo ocurrir, se preguntan en Madrid?. Y yo llego a la nada espectacular y elemental conclusión de que eso representa la ruptura de lo que hasta entonces ha sido una cierta y subconsciente barrera de autocensura de la opinión pública. En otras palabras, ha estallado de repente la irritación contra las reacciones americanas ante el incidente del "Santa María", la actitud antiportuguesa en Naciones Unidas, la hostilidad a Tshombé y Katanga y su fracaso en el tratamiento de la cuestión de Cuba según hubiera deseado España. Y puedo decir que ésa es la opinión de Castiella. Es de hecho como si un absceso hubiera reventado. Qué repercusiones tendrá esto en el futuro depende de la actitud de Estado Unidos. Puede que no sea malo para España que los americanos se hayan enterado de que una parte de la opinión pública española se opone a aspectos de la política exterior norteamericana y que eso lleve a los Estados Unidos a ser un poco más cautos en el tratamiento futuro del "anticolonialismo" (sic). De no ser así, preveo en el futuro mayor contundencia de la opinión antiamericana y, antes o después, un nuevo brote de antiamericanismo, aunque es probable que el Gobierno esté alerta durante algún tiempo para prevenir tales manifestaciones. De todas formas, pienso que, después de lo de Goa, debemos ver en España a un país consternado y preocupado en su hipersensible humor".*<sup>70</sup>

Aunque seguramente no volviera a estallar con la misma contundencia del artículo del director del Instituto de Cultura Hispánica, ese hipersensible humor antiamericano ya no decaería. Y se vería reforzado por la frustración que representaron las sucesivas revisiones de los acuerdos: la primera en 1963, casi al tiempo que la España de Franco y, sobre todo, de Castiella miraba con ilusionada expectativa la alternativa europea, a la que formalmente había aprobado el Palacio de Santa Cruz el mismo año del artículo de Piñar.

#### 4. Nuevos rumbos de la política exterior

En los diez años siguientes a la caída de los fascismos, la España de Franco había tenido muy pocos amigos y una política exterior basada en esas limitadas

<sup>70</sup> George Lebouchere a Foreign Office, 25.I.1962 (PRO, FO 371-163805).



amistades: siempre Portugal; los Estados Unidos y la Santa Sede - las “espadas” temporal y espiritual del imperio cristiano -; el espacio, más ideal que real, de los mundos hispanoamericano y árabe. El escenario de la Europa occidental, donde España se inscribía por inapelables razones geopolíticas, históricas y culturales, le estaba en gran medida vedado.

Los orígenes cruentos del régimen franquista, estrechamente ligados al auge de los fascismos que habían desencadenado la guerra del 39-45, y la persistencia de su naturaleza frontalmente antidemocrática, habían representado - y nunca dejarían completamente de representar - un obstáculo invencible. Sin embargo, entre 1955 y 1962 la diplomacia de Madrid y sus posiciones internacionales asistieron a cambios bastante sustantivos, que comenzaron a trazar un rumbo de progresiva homologación del país con el medio exterior euro-occidental, donde se inscribían con realismo sus verdaderos intereses. En este proceso, no hubo en realidad sustitución de los escenarios tradicionales, sino una adecuación de la política en ellos desplegada a los nuevos objetivos de sincronización española con el tiempo de Europa y del mundo en el que la España de Franco quería vivir. El área mediterránea, la presencia atlántica, la relación ibérica, la relación con el espacio rebelde de un tercer mundo que la descolonización iba ampliando a pasos agigantados, la decisión firme de engancharse a una Europa que avanzaba hacia su unidad, tales fueron los teatros diplomáticos en los que la acción exterior del franquismo trataba de renovarse. ¿Cuáles fueron sus resultados?

El Mediterráneo había sido siempre considerado como proyección sustancial de la política exterior española. La geopolítica de la nación no dejaba la menor duda sobre su pertinencia. Naturalmente el peso y la posición internacional del país no estaban para ninguna megalomanía de “mare nostrum”, pero la persistente vocación arabista del régimen, que hasta 1956 había jugado la carta de la benevolencia con el nacionalismo magrebí - y marroquí - frente al colonialismo francés, se orientó con claridad, desde la obligada salida del Protectorado, hacia el propósito de convertir a España en el puente entre los nuevos países del Mediterráneo africano y el bloque occidental, en el marco de un hipotético pacto mediterráneo, cuya paternidad el embajador francés atribuía a Franco<sup>71</sup>. La diplomacia de Madrid postulaba que sólo esa política de comprensión del nacionalismo árabe era capaz de evitar la expansión por la región del comunismo. Esa misión de interlocutor privilegiado - y obligado por hallarse España en primera línea física del amenazante nacionalismo marroquí - podría atribuir al país una posición internacional destacada, rindiendo servicios inapreciables a la causa occidental de combate al comunismo y rentabilizando junto a los Estados Unidos la veta anticolonialista, que a su vez implicaba una crítica nada disimulada a la acción histórica de las potencias occidentales, francesa y británica, tradicionales poderes en la región. En suma, a la altura de 1956, cuando aún se creía, o se quería creer, en las posibilidades prácticas de la sintonía hispano-árabe y aún se insistía en la línea de antagonismo con las potencias de

<sup>71</sup>Torunelle a MAE, 31.I.1959 (ADFC “Europe 1956-1960. Espagne”, carpeta nº 241).

Europa occidental, la estrategia mediterránea española presentaba un claro sesgo antifrancés y antibritánico. Si España lograba afirmarse en el Mediterráneo, sería siempre en la medida en que Londres y París perdieran posiciones. El embajador británico, que había prestado particular atención a estas aspiraciones mediadoras españolas, no descartaba la utilidad del arabismo español siempre que Madrid se moviese en el área de los occidentales, pero precisamente por su sesgo antagónico, las consideraba perjudiciales para Francia e Inglaterra. Suponía que en realidad sólo si hallaban acogida en los Estados Unidos tenían posibilidades de concretarse y, aunque las reputaba más bien fuegos de artificio producto del aislamiento español, creía que para evitar esa hipotética deriva de Madrid lo mejor era que Francia e Inglaterra se decidieran de una vez a realizar una política de franca apertura a España acabando con su ostracismo internacional.<sup>72</sup>

Y, efectivamente, así ocurrió. Los desengaños sobrevenidos por la crisis de Suez y, en 1957-58, por la ofensiva marroquí sobre los territorios españoles del Sahara Occidental, unidos los cambios internos y de orientación exterior que supuso el gobierno formado en febrero de 1957, condujeron a la diplomacia española en dirección a Europa occidental, lo que produjo transparentes alteraciones en la percepción del nacionalismo árabe, de los movimientos anticolonialistas y en la política mediterránea de Madrid. España, que “descubría” ahora el peligro comunista en África y daba prioridad a las relaciones amistosas con Francia – cuya colaboración en la resistencia a la ofensiva marroquí desde finales de 1957 había sido fundamental para evitar una catástrofe –, pasará a defender abiertamente la posición francesa en Argelia y la política “ultramarina” de Lisboa. Nada de pactos mediterráneos que favorecieran el avance del comunismo y, sobre todo, que perjudicasen a Francia. Cuando en el otoño del 58 la diplomacia italiana – también interesada en protagonizar el diálogo “ribereño” en el “Mare Nostrum” – propuso a España una acción conjunta en el Mediterráneo para mantener al mundo árabe bajo la alzada de Occidente, muy debilitada por la insurgencia argelina, Castiella se negó en redondo a “cualquier iniciativa – decía el embajador francés en Madrid – perjudicial para Francia en África del Norte”, asegurando a Amintore Fanfani que “la vía elegida por España era irreversible”<sup>73</sup>. Los propios italianos comprendían las dificultades de la coyuntura norteafricana para un pacto mediterráneo<sup>74</sup>.

<sup>72</sup> Vid. los documentos relativos al tema en PRO FO 371-124131 y 124142. El embajador Mallet indicaba con razón el contraste entre la percepción portuguesa, que veía en los movimientos anticolonialistas la infiltración en África del comunismo, y el optimismo del régimen franquista sobre las posibilidades de atraerlos, con complacencias, a la órbita occidental. Inglaterra trató de que Lisboa interviniera para sacar a Madrid de su posición, pero los portugueses, que sólo consiguieron la callada por respuesta, consideraban que la actitud española era errática y que las buenas relaciones con los árabes se debían a que en realidad Madrid hacía lo que éstos querían. El embajador francés en Madrid coincidía en que la política mediadora franquista trataba de obtener réditos en los Estados Unidos, pero creía que éstos no daban ninguna importancia a las pretensiones de un pacto mediterráneo (Tournelle a MAE, 4.IV. 1956, ADF, “Europe. Espagne 1956-1960”, carpeta n° 237).

<sup>73</sup> Tournelle a MAE, 24.XI.1958, tel (ADFC “Europe 1956-1960. Espagne”, carpeta n° 241).

<sup>74</sup> Gaston Palewsky (embajador francés en Roma) a MAE, 8.VII. 1959 (ADFC, “Europe 1956-1960.

Eso no significaba que la diplomacia española abandonase sus postulados de mediación mediterránea, entre otras razones porque no quería dejar la iniciativa a los italianos, cuyo primer ministro había visitado El Cairo a principios de 1959. El inmediato viaje de Castiella a Egipto, pasando de regreso por Damasco, Beirut, Atenas y Roma, se inscribía en ese tradicional interés español, pero ahora España aceptaba ser una pieza más, aunque básica y acaso prioritaria, en la construcción del puente ribereño<sup>75</sup>.

A finales de ese año el embajador francés en Madrid había tenido una larga y esclarecedora entrevista con el ministro del Ejército, general Barroso, quien le explicaba a las claras la rectificación de la política mediterránea española. *“El Generalísimo – había dicho Barroso - ha estado convencido durante mucho tiempo, o al menos ha esperado, que España pudiera desempeñar un papel útil cerca del mundo árabe, el papel de intermediario entre Occidente y el mundo musulmán. Pero no está en su ánimo que esto pueda hacerse en detrimento de Francia en Argelia o de Europa en general en África, a expensas de una solidaridad que es más importante y necesaria que todo el resto. El continente africano se encuentra en este momento amenazado en su conjunto por todas las fuerzas del comunismo y de la subversión. Éste es un fenómeno que nos hemos visto obligados a reconocer y que ha supuesto un verdadero viraje en nuestra política”*. Pensaba Barroso en una *entente* en el Mediterráneo occidental que incluyese a Italia, Francia e Italia y que acaso pudiera atraer a Túnez y Marruecos, también muy preocupados con la cuestión argelina. Y esa *entente* complementaría en el Mediterráneo las posiciones de la OTAN. Quedaba más que claro el desplazamiento europeo del centro de gravedad de la posición exterior española. La política mediterránea se ajustaba así a los nuevos horizontes. Como muy bien comprendía el embajador francés, la célebre amistad con el mundo árabe, y el papel protagónico de intermediación, quedaban definitivamente subordinados a la defensa de Europa en África y a la lucha contra el comunismo que esa defensa representaba...Y, sin duda también, y sobre todo, subordinada a la amistad francesa que ya constituía la mejor baza y el principal exponente de la europeización de la política exterior de Madrid. El embajador francés concedía la mayor importancia a esta declaración del ministro del Ejército porque era lo mismo que ya le había expresado el propio Franco en su reciente presentación de cartas credenciales. Barroso era simplemente portavoz del Jefe del Estado y la posición de éste, lejos de ser de circunstancias, constituía, a juicio del embajador, verdadera *“doctrina”*<sup>76</sup>

Si el Mediterráneo se desdibujaba como escenario de presencia internacional al compás del progresivo abandono de la política *“substitutoria”* arabista, el marco occidental ganaba posiciones en la política externa española.

Espagne” carpeta nº 239).

<sup>75</sup> Tournelle a MAE, 31.I.1959 (ADFC “Europe 1956-1960. Espagne”, carpeta nº 241).

<sup>76</sup> Roland de Margerie a MAE, 18.XII.1959 (*Ibidem*). El embajador había sugerido la posibilidad de que a través del pacto mediterráneo España pudiera incorporarse a la OTAN con apoyo francés, al recordar que precisamente Francia había arrastrado a Italia – entonces retraída - a incorporarse a la Alianza Atlántica por su papel mediterráneo y para contrarrestar el peso de los países del Norte

Pero en el plano defensivo, que tenía su gran marco institucional en la OTAN, las limitaciones fueron infranqueables. Desde principios de 1957 la diplomacia española creyó que la situación podía estar madura para postular su ingreso en la Alianza. Lo hizo de forma clara, aunque no directa ni mucho menos oficial, puesto que había que mantener el principio de que a España le bastaban el Pacto Ibérico y los acuerdos con los Estados Unidos, de modo que el interés y la reclamación de su presencia en la Alianza Atlántica correspondían a la propia Organización. Y, desde luego, no podía exponerse a un más que previsible rechazo. En ONU Lequerica parecía radiar de optimismo, mientras que la prensa se dedicó a airear el tema, complaciéndose en reproducir – más bien sesgadamente – todas las opiniones internacionales que parecían abonar las pretensiones españolas. Éstas fueron naturalmente burladas, porque la mayor parte de los miembros de la Alianza – sobre todo los Países Bajos y los escandinavos – consideraba invencible el obstáculo ideológico inherente al propio franquismo. La cuestión no llegó a tomar naturaleza oficial en las reuniones ministeriales de Nato, pero en el “debate” de los bastidores diplomáticos volvió a confirmarse el apoyo inequívoco de Portugal y el más difuso de los Estados Unidos, donde en los meses de marzo y abril de 1957 la Cámara de Representantes y el Senado aprobaron por unanimidad sucesivas resoluciones para que el Departamento de Estado continuara abogando por el ingreso de España.

La posición del Reino Unido era probablemente bastante representativa de la contradicción entre el rechazo de las pretensiones españolas y los deseos de no entorpecer la normalización de las relaciones de Madrid con el mundo occidental. A pesar de considerar más conveniente a sus intereses y a los de la Organización que España permaneciera fuera – puesto que sus posible servicios defensivos ya los estaba rindiendo con la cesión de bases a los norteamericanos y, al contrario, su presencia podía levantar la enojosa cuestión de Gibraltar – a pesar de eso, digo, tampoco Londres quería agraviar a España, explicando a los españoles que las objeciones no venían de su lado sino por la oposición de los socios del norte, de donde se concluía que no era por el momento oportuno crear un conflicto en el interior de la Alianza. El hecho es que el Foreign Office, que no quería problemas con sus aliados ni con las poderosas Trade Unions, sólo veía inconvenientes en la inclusión de España en la Alianza y por eso rechazó la idea de su embajador en la capital española para trasladar al resto de los miembros su postura en teoría benévola, según explicaba a Madrid, con las aspiraciones españolas<sup>77</sup>.

Este *modelo* de gestión de los recurrentes –aunque nunca formales– planteamientos de la “candidatura” española se repetiría de forma bastante sistemática. El amor propio de la diplomacia franquista nunca se avendría a plantearla oficialmente, alegando que el país ya estaba suficientemente instalado en sus responsabilidades y apetencias en la defensa de Occidente con los acuerdos con los Estados Unidos y Portugal. Lisboa sostenía de forma abierta y sistemática la candidatura española; Washington también la postulaba, aunque nunca al

<sup>77</sup> Sobre España y OTAN en 1957, vid. la abundante documentación de PRO, FO 371-130343.

límite de quebrar la unidad de la Alianza; de las grandes potencias europeas, Francia y la Alemania Federal habían pasado a ser los mejores sostenedores de la causa española, - bien que siempre en un plano más de principio que realmente activo; Londres tenía un discurso aparentemente favorable, que en la práctica escudaba su negativa de fondo en la oposición de los Estados del norte; éstos eran abiertamente contrarios; y, en general, la poderosa y decisoria opinión pública democrática europea no estaba dispuesta a abrir el menor resquicio por donde pudiera colarse la España de Franco. La estridente polémica suscitada a principios de 1960 por las pretensiones alemanas de obtener bases militares en España - que acabaron por instalarse en Portugal - reveló a las claras la fuerza definitiva de las opiniones de los sectores democráticos de Europa en el bloqueo de cualquier vía que pudiera conducir a la incorporación de la España franquista al gran club defensivo de Occidente.<sup>78</sup>

Pero la complicada coexistencia de continuidad y cambio en que estaba moviéndose la diplomacia española se echó de ver con particular transparencia en la tentativa, en general bien lograda, de tornar compatible el mantenimiento de la solidaridad ibérica con la apertura de Madrid al proceso descolonizador y, en general, al gran espacio tercermundista que iba cobrando aceleradamente protagonismo en las relaciones internacionales y en el foro de Naciones Unidas. Aunque no sin resistencias y contradicciones, lo cierto es que desde la salida de Marruecos en abril de 1956, la política exterior de Madrid había ido avanzando en el proceso de abandono de sus posesiones coloniales. Había en ello una innegable congruencia con el conocido discurso anticolonialista del franquismo, con la "tradición" de sensibilidad hacia los países extraeuropeos (árabes e hispanoamericanos). Había también y sobre todo un innegable pragmatismo oportunista tan propio del régimen y, sobre todo, una manifiesta carencia de interés público por las cuestiones coloniales. Todo ello, reforzado por el viraje europeísta y de apertura al mundo de la política exterior española desde 1957, obligaban a una liquidación de la presencia colonial, máxime cuando Madrid se disponía a dar la batalla por la recuperación de Gibraltar, última colonia en suelo europeo.

Sin embargo esta orientación chocaba con resistencias interiores y obstáculos de naturaleza más práctica. Franco y Carrero Blanco eran bastante menos decididos que el ministro de Exteriores, Castiella. Franco que, como antes indicábamos, se había convertido desde finales de los cincuenta a la idea - portuguesa y durante algún tiempo también francesa - de que el comunismo se estaba extendiendo en África, miraba ahora el escenario descolonizador con intensas prevenciones ideológicas. Así lo había repetido hasta la saciedad en sus contactos diplomáticos. Pero, además, los intereses reales, de la amistad con las potencias europeas concernidas en el problema forzaban a abandonar las tesis anticolonialistas. La importante relación con París, llevaba a la diplomacia española a apoyar sin reservas sus posiciones sobre la cuestión de Argelia.

<sup>78</sup> Vid. la documentación de ADFC "Europe, 1956-60. Espagne", carpeta nº 239. También "Visit of Spanish Minister for Foreign Affairs. Spain and NATO" (PRO FO 371-153245).

La fraterna relación con Portugal, que había sostenido internacionalmente al franquismo en sus peores tiempos, obligaba también a apoyarle en su lucha, casi heroica, por conservar sus territorios de ultramar.

En cualquier caso, la combinación del más que acreditado pragmatismo del Caudillo, la carencia de la menor tradición y sensibilidad colonialista en España, la natural empatía diplomática con los países árabes e hispanoamericanos que ahora integraban ese bloque tercermundista entregado a la causa de la autodeterminación de los pueblos, la presión descolonizadora de los Estados Unidos, la propia deriva anticolonialista de las potencias europeas, la reivindicación de Gibraltar, todo en fin, se conjuraba para empujar a España por el camino de la descolonización. Quien mejor lo comprendía y más presionaba era, naturalmente, el Ministerio de Exteriores. La resistencia de Presidencia de Gobierno seguramente nunca fue más que un inconfeso compás de espera. Duró algún tiempo porque en 1956 ni España ni Portugal – recién ingresados en ONU – se avinieron, como requería el Secretario General de la organización, a declarar que administraban territorios no autónomos. Para Portugal fue el comienzo de un ininterrumpido contencioso que en el otoño-invierno de 1960-61 le llevaría a enfrentarse al comienzo de una ofensiva político-internacional y subversiva con la que habría de convivir hasta la caída de la dictadura en abril de 1974. Para España la negativa del 56 fue un simple tiempo muerto, antes de entrar de forma decidida por la vía de los mandatos descolonizadores de ONU a partir de 1961.

Pero Madrid tenía compromisos contradictorios que no podía, ni quería, obviar. Francia había sido uno, y no poco importante, mientras no se abrió definitivamente paso la vía abandonista de la V República. Y, entretanto, se había expresado bien a las claras el apoyo del régimen de Franco al vecino del norte en las votaciones de Naciones Unidas. Pero la hipoteca portuguesa era aún más poderosa y habría de mantenerse hasta el final.

La *entente* ibérica, además de haber beneficiado ampliamente a la España de Franco por el constante apoyo de Salazar desde 1936, era en la larga historia de las relaciones luso-españolas una realidad nueva, basada en la idea del respeto y la solidaria corresponsabilidad en la defensa de la paz peninsular y de la independencia de ambas naciones. La neutralidad compartida –aunque no sin graves riesgos de quiebra por parte española– durante la II Guerra, la solidaridad salazarista con la España de Franco en los años de su aislamiento internacional y la sintonía político-ideológica de ambos Estados habían demostrado que el *pacto ibérico* era funcional y estaba en camino de trascender, como de hecho ocurrió, coyunturas puntuales y simetrías político-ideológicas de conveniencia para forjar un instrumento diplomático estable y permanente, de entendimiento luso-español. Sin duda Franco lo percibía así y por eso también situó en primer plano la solidaridad con Portugal durante su larga resistencia frente al proceso descolonizador<sup>79</sup>.

El resultado fue que, sin dejar de inscribirse en la corriente imparable de la descolonización – que ahora tenía pendientes los territorios de Guinea

<sup>79</sup> George Labouchere a FO, 30.XI.1961 (PRO, FO 371-160731).

Ecuatorial y el Sahara Occidental - conservando las tradicionales relaciones con los viejos y nuevos países del tercer mundo (árabes e hispanoamericanos en particular), la diplomacia española - por manifiesta voluntad del propio Franco - prestó hasta el final su apoyo a la causa "ultramarina" portuguesa. Como hemos señalado antes, la prensa y los medios políticos franquistas reaccionaron con indignación frente a la actitud de la administración norteamericana ante la explosión anticolonialista que hubo de soportar Portugal en 1961. A pesar de que en abril de ese año la diplomacia española hubiera informado - y pedido su *placet* - a Salazar de su decisión de colaborar con ONU, aviniéndose en la práctica a entrar en la dinámica descolonizadora<sup>80</sup>, cuando estalló el asunto de Angola, Castiella viajó a Lisboa para declarar la solidaridad de España con Portugal<sup>81</sup> e invitar oficialmente a visitar España al Presidente de la República. La visita de Estado del almirante Tomás, que tuvo efectivamente lugar los días 21 a 24 de noviembre de ese mismo año, fue la puesta en escena oficial de la solidaridad española con la causa portuguesa, porque Portugal estaba luchando en África, y frente al abandono suicida de sus socios occidentales, contra una ofensiva del comunismo internacional.<sup>82</sup>

Esa solidaridad la expresó reiteradamente Franco en sus encuentros con personalidades extranjeras, como el ministro del Foreign Office - Douglas Home -, utilizando siempre el argumento, común al salazarismo, de la ofensiva comunista<sup>83</sup>. En la práctica vino a concretarse tanto en los foros internacionales<sup>84</sup>, como mediante otras formas subterráneas de complicidad - incluyendo cobertura diplomática y armamentística - en el propio escenario africano, según ha demostrado una recentísima investigación<sup>85</sup>. La política exterior de Madrid supo nadar con bastante pragmatismo en las aguas de la descolonización que tanto interesaban a su tradición de amistad con árabes e hispanoamericanos y a su adecuación a los "vientos de la historia", y sin embargo guardar la ropa portuguesa. El embajador británico en Madrid captaba muy bien ese ejercicio de equilibrio cuando escribía: *"aunque muy consciente del papel histórico especial hacia el mundo árabe y de la creciente importancia, dentro y fuera de Naciones Unidas, del bloque afro-asiático, sin embargo los españoles de tiempo en tiempo (y perfectamente conscientes de sus consecuencias) ponen de lado sus posturas conciliadoras hacia esos*

<sup>80</sup>Vid. "Nota informativa para el señor Ministro", Madrid, abril 1961 (Archivo Ministerio de Asuntos Exteriores, 8728/1).

<sup>81</sup>La visita tuvo lugar entre el 14 y 17 de marzo de 1961 y había sido anunciada con pocos días de antelación. El secretario general del Ministerio de Negocios Extranjeros le había dicho al embajador británico en Lisboa que la postura de España de aceptar la declaración, requerida por ONU, de administrar territorios no autónomos, en nada modificaba la posición de apoyo a Portugal, que estaba dispuesta a demostrarlo en Naciones Unidas. El embajador británico suponía con razón que España trataría de movilizar a favor de Portugal sus relaciones con el mundo hispanoamericano (embajador británico en Lisboa a FO, tel. 21.III. 1961 -PRO FO 371-160731).

<sup>82</sup>Vid. Los despachos de los embajadores británicos en Madrid -George Labouchere - y en Lisboa -Ross-a FO, 30 y 29. XI.1961 respectivamente (*Ibidem*).

<sup>83</sup>"Visit of the Foreign Secretary to Portugal and Spain. May 25-31" (PRO, CAB 133-298).

<sup>84</sup>Vid. la "Nota Informativa" titulada "Las relaciones hispano-portuguesas desde la Guerra de España hasta hoy", 26 de junio de 1968 (Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, 8952/13).

<sup>85</sup>Inminente tesis doctoral de Maria José Tíscar Santiago (UNED).

*poderes e identifican sus intereses con los de la política portuguesa*<sup>86</sup>. No fue tarea fácil la de conciliar el internacionalismo de Exteriores y de su representación en ONU, de un lado, y el empeño de solidaridad ibérica de El Pardo, de otro. Pero se consiguió hasta el final. Aunque al cerrado nacionalismo de Franco Nogueira - más salazarista que Salazar - siempre le pareciera poco y nunca entendiera que la España de Franco no tenía ninguna razón histórica ni presente para inmolarse en la misma causa del Estado Novo.<sup>87</sup>

A comienzos de 1962 España daba un paso político y simbólico de indudable significación, al solicitar oficialmente el 9 de febrero la apertura de negociaciones para ingresar en la CEE con un estatuto de "asociación, susceptible de llegar en su día a la plena integración". Durante el quinquenio precedente el país había realizado con éxito un proceso de estabilización y modernización económicas y había ingresado en numerosos organismos técnicos del mundo occidental, además de incorporarse al Fondo Monetario Internacional, al Banco Mundial y la OCDE. La llamada a las puertas del Mercado Común constituía el punto más alto de un proceso diplomático de occidentalización del país que había iniciado en 1956-57. Era también el más decisivo banco de pruebas sobre la capacidad de la España franquista para responder a los desafíos, económicos y sobre todo políticos, que implicaba la pertenencia al club capitalista y democrático de las Comunidades Europeas. Enseguida se echarían de ver los insuperables obstáculos de naturaleza política que las democracias europeas interpondrían a la incorporación española. El embajador francés que, ya próximo a cerrar su misión en España, había vivido en Madrid, cerca del amigo Castiella, los años cruciales de 1959 a 1962, comprendía muy bien esos obstáculos que levantaba el régimen de Franco, siempre y con razón criticado. Pero, mirando desde dentro y con amplitud histórica la situación española, consideraba un manifiesto desenfoque la oposición europea a la España franquista. ¿No estaba ya en la ONU y en la OCDE? El régimen era una realidad consolidada, sin apoyos entusiastas, pero también sin resistencias internas; con una oposición en el exilio que vivía en la inopia y unos adversarios que no sabrían por qué sustituirlo. Más valía contribuir a su proceso de modernización para que, cuando Franco desapareciera, el país estuviera en condiciones de evolucionar hacia el sistema liberal de Europa. Y, entretanto, la mejor forma de combatir y erosionar al régimen era difundir, mediante esa conexión europea, los valores y los comportamientos de las sociedades democráticas vecinas; porque, ¿no constituía el temor a ese contagio democrático el principal argumento de las reservas antieuropeístas del propio régimen?<sup>88</sup>

Esa apuesta social y evolucionista era la misma que la de Castiella que, refiriéndose a la oposición levantada por la candidatura española, había dicho al embajador de Francia: *"Esas objeciones, esos rencores, esos prejuicios, no me inquietan. Por muy serias razones técnicas, nuestra asociación al Mercado Común no podrá*

<sup>86</sup> Labouchere a FO, 30.XI.1961 (PRO FO 371-160731).

<sup>87</sup> La incomprensión de la diplomacia de Lisboa en "Nota Informativa", cit. supra.

<sup>88</sup> Roland de Margerie a MAE, 19.II.1962, tel. (ADFC, "Europe. Espagne, 1961-1968", carpeta n° 329).



realizarse antes de 10 o 15 años. Y ¿quién puede saber dónde estaremos entonces en el plano político que tanto preocupa a esos señores? Cuando se constata la extrema rapidez con que están cambiando las cosas en nuestro país, esa actitud sólo mueve a sonrisa”<sup>89</sup>

En todo caso, el camino iniciado en 1962 era irreversible también por el lado español, porque “A fin de cuentas –escribía el embajador francés- la solicitud dirigida al Mercado Común no es sino un golpe de espuela que España se da a sí misma para despertar de su sueño secular, para obligarse a ser competitiva, para someterse a lo ineluctable”.<sup>90</sup>

## BIBLIOGRAFÍA

Por elementales razones de espacio y por ceñirse en lo posible al sexenio referido en este estudio (1956-1962) y a las relaciones prioritarias con algunos países (Estados Unidos, Europa Occidental y Portugal), este repertorio bibliográfico es forzosamente selectivo. Huelga por tanto decir que omite gran cantidad de títulos que también merecerían figurar aquí.

ALGORA WEBER, María Dolores (1996) *Las relaciones hispano-árabes durante el régimen de Franco. La ruptura del aislamiento internacional*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores.

*Aislamiento (del) a la apertura: la política exterior de España durante el franquismo* (III Jornadas de la Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales), CEHRI/Universidad de Burgos, 2006.

ARENAL, C. del (1995) *La política exterior de España hacia Iberoamérica*, Madrid, Ed. Complutense.

BALFOUR, S. y PRESTON, P. (ed.) (2002), *España y las grandes potencias en el siglo XX*, Barcelona, Crítica.

BASSOLS, R. (1995) *España en Europa. Historia de la adhesión a la CE (1957-1985)*, Madrid, Estudios de Política Exterior.

BUSTURIA, D. (dir.) (1994), *Del reencuentro a la convergencia. Historia de las relaciones bilaterales hispano-francesas*, Madrid, Ciencias de la Dirección .

CENBRERO, I. (2006) *Vecinos alejados. Los secretos de la crisis entre España y Marruecos*, Madrid, Galaxia Gutenberg.

COLLADO SEIDEL, C. “Planes militares de Adenauer en España. El proyecto de instalación de bases militares de 1960”, *Espacio, Tiempo y Forma*, 4, (1991), 97-116

CORTADA, J.W., (1978) *Two Nations over Time: Spain and United States, 1776-1976*, Westport, Greenwood Press.

DIEGO, J.R. de (1993), *La última guerra colonial de España. Ifni-Sáhara, 1957-1958*, Málaga, Ed. Algazara.

DULPHY, A. (2002) *Entre l'idéologie et le réalisme. La politique de la France à l'égard de l'Espagne franquiste entre 1945 et 1955*. Paris, Ministère des Affaires Étrangères

EIROA, M. (2007) “Las relaciones de España con la Europa centro-oriental (1939-

<sup>89</sup> Roland de Margerie a MAE, 29.V.1962 (ADFC “Europe. Espagne. 1962-1965”, carpeta n° 381)

<sup>90</sup> *Ibidem*.

- 1975)" Revista Ayer, n° 67.
- ENRICH, S. (1989), *Historia diplomática entre España e Iberoamérica en el contexto de las relaciones internacionales (1955-1985)*, Madrid, Cultura Hispánica.
- ESPADAS, M. (1987), *Franquismo y política exterior*, Madrid, Rialp.
- FERNÁNDEZ DE CASADEVANTE, C (1985), *La frontera hispano-francesa y las relaciones de vecindad*, Bilbao, Universidad del País Vasco.
- FERREIRA, José Medeiros (1989) *Um século de problemas. As relações luso-espanholas da União Ibérica à Comunidade Europeia*, Lisboa, Horizonte.
- FORNER MUÑOZ, S. (coord.) (2010) *Cojuntura internacional y política española (1898-2004)*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- GARCÉS, J.E. (1996) *Soberanos e intervenidos. Estrategias globales, americanos y españoles*, Madrid, Siglo XXI.
- GIL PECHARROMÁN, J. (2008), *La política exterior del franquismo. Entre Hendaya y el Aiún*, Barcelona, Flor del Viento.
- GONZÁLEZ GARCÍA, I. (2001), *Relaciones de España-Israel y el conflicto del Oriente Medio*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- GUIRAO, F. (1998) *Spain and the Reconstruction of Western Europe, 1945-1957. Challenge and Response*, Houndmills, Mac Millan.
- JARQUE IÑIGUEZ, A. (1998), "Queremos esas bases". *El acercamiento de Estados Unidos a la España de Franco*, Madrid, Centro de Estudios Norteamericanos, Universidad de Alcalá de Henares.
- JIMÉNEZ REDONDO, Juan Carlos (1996) *Franco e Salazar. As relações luso-espanholas durante a guerra fria*, Lisboa, Assírio & Alvim.
- (1996) *El ocaso de la amistad entre las dictaduras ibéricas, 1955-1968*, Mérida, UNED, "Cuadernos de Estudios Luso-Españoles", n° 1.
- LABARTA RODRÍGUEZ-MARIBONA, C. (2004) "Las relaciones hispano-británicas bajo el franquismo, 1950-1973", *Studia Historica*, 22, págs. 85-104
- LAPORTE, M.T. (1992) *La política europea del régimen de Franco (1957-1962)*, Pamplona, Eunsa.
- LEIGH, CH. y DUNTHORN, D.J. (eds.) (1999), *Spain in the International Contexts, 1936-1959*, Oxford, Berhahon Books.
- LLEONART ANSELEM, A. (1978-1996), *España y la ONU.*, Madrid, CSIC, 5 vols.
- MARQUINA BARRIO, A. (1986), *España en la política de seguridad occidental*, Madrid, Ed. Ejército.
- MARTÍNEZ LILLO, P. (1985), *Una introducción al estudios de las relaciones hispano-francesas (1945-1951)*, Madrid, Fundación Juan March.
- MAS SARDÁ, B. (1991), *Relaciones entre España y Francia*, Barcelona.
- MORALES LEZCANO, V. (1984) *España y el Norte de África. El protectorado de Marruecos, 1912-1956*, Madrid, UNED.
- (1998), *El final del protectorado hispano-francés en Marruecos. El desafío del nacionalismo magrebí (1945-1962)*, Madrid, Instituto Egipcio de Estudios Islámicos.
- MORENO, A. (1998) *Franquismo y construcción europea (1951-1962)*, Madrid, Tecnos.
- (1998), *España y el proceso de construcción europea*, Barcelona, Ariel.

- MORRIS, D.S. y HAIGH, R.H. (1992), *Britain, Spain and Gibraltar, 1945-1990: the Eternal Triangle*, London, Routledge.
- MUNS, J. (1986), *Historia de las relaciones entre España y el FMI, 1958-1982*, Madrid, Alianza/Banco de España.
- OLIVER, P. (1987), *Sahara: drama de una descolonización, 1960-1987*, Palma de Mallorca, M. Font.
- OREJA, M. y SÁNCHEZ MANTERO, R. (coords.) (2007) *Entre la historia y la memoria. Fernando María Castiella y la política exterior de España, 1957-1969*, Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- PARDO, R. "Política norteamericana de Castiella", en OREJA, M. y SÁNCHEZ MANTERO, R. (coords.) (2007) *Entre la historia y la memoria. Fernando María Castiella y la política exterior de España (1957-1969)*, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, págs. 309-381.
- PAZ-SÁNCHEZ, M. de (1997), *Zona rebelde. La diplomacia española ante la revolución cubana (1957-1960)*, La Laguna, Centro de la Cultura Popular Canaria.
- (2001), *Zona de guerra. España y la revolución cubana, 1960-1962*, La Laguna, Centro de la Cultura Popular Canaria.
- PEREIRA CASTAÑARES, J.C. (coord.) (2003) *La política exterior de España, 1800-2003. Historia, objetivos y escenarios*, Barcelona, Ariel.
- "Hacia Europa. La política europea de Castiella" en OREJA, M. y SÁNCHEZ MANTERO, R. (coords.) (2007), *Entre la historia y la memoria. Fernando María Castiella y la política exterior de España (1957-1969)*, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, págs. 245-269.
- PEREIRA CASTAÑARES, J.C. y CERVANTES, A. (1992), *Relaciones diplomáticas entre España y América*, Madrid, Mapfre.
- PEREIRA CASTAÑARES, J.C. y MORENO JUSTE, A. (1991), "España ante el proceso de integración europea desde una perspectiva histórica: panorama historiográfico y líneas de investigación", en *Studia Historica*, IX, 1991.
- PORTERO, F. Y PARDO, R. "La política exterior", en JOVER ZAMORA, J.M. (dir.), *Historia de España Ramón Menéndez Pidal*, Madrid, Espasa Calpe.
- POWELL, CH. y JIMÉNEZ REDONDO, J.C. (eds.) (2007), *Del autoritarismo a la democracia. Estudios de política exterior española*, Madrid, Sílex.
- RODRÍGUEZ MEDIANO, F. (2002), *El protectorado español en Marruecos. Gestión colonial e identidades*, Madrid, CSIC.
- RUBOTTON, R.R. y MURPHY, J.C. (1984) *Spain and the United States Since World War II*, N. York, Preager.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Esther M. (2006) *Rumbo al sur. Francia y la España del desarrollo, 1958-1969*, Madrid, CSIC.
- SANZ, C. (2005) "España y la cuestión alemana bajo el franquismo, 1945-73: entre la doctrina Hallstein y el comienzo de la <Ostpolitik>" *Iberoamericana. América Latina, España, Portugal*, nº 26 (2007), 137-152.
- SEGURA VALERO, G. (2006), *Ifni. La guerra que silenció Franco*, Madrid, Ediciones Martínez Roca.
- SENANTE BERENDES, Heidi C. (2006), *España ante la integración europea. El primer acercamiento*, Valencia, Alfons el Magnanim.

- SEPÚLVEDA MUÑOZ, I (2004) *Gibraltar: la razón y la fuerza*, Madrid, Alianza.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (1987), *Franco y la URSS. La diplomacia secreta (1946-1970)*, Madrid, Rialp.
- TELO, A. y TORRE GÓMEZ, H. de la (2003) *Portugal y España en los sistemas internacionales contemporáneos*, Mérida, Junta de Extremadura / Gabinete de Iniciativas Transfronterizas (edición portuguesa con el mismo título en Cosmos 2000).
- TERMIS SOTO, F. (2005) *Renunciando a todo. El régimen franquista y los Estados Unidos desde 1945 hasta 1963*, Madrid, UNED / Biblioteca Nueva.
- TORRE GÓMEZ, Hipólito de la (1998) "De la distancia rival al encuentro indeciso: la relación peninsular en la Edad Contemporánea". En *Los 98 ibéricos y el mar*, Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, vol. V, 126-154.
- (2006) *Portugal en el exterior (1807-1974). Intereses y política internacionales*, Madrid, UNED.
- TUSELL, J., AVILÉS, J., PARDO, R. (eds.) (2000) *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- TUSELL, J., SUEIRO, S., Marín, J.M., Casanova, M. (eds.) (1993), *El régimen de Franco. Política y relaciones exteriores*, Madrid, UNED, 2 vols.
- VALENZUELA, J. Y MASEGOSA, A. (1996), *La última frontera. Marruecos, el vecino inquietante*, Madrid.
- VIÑAS, A. (1981) *Los pactos secretos de Franco con los Estados Unidos: bases, ayuda económica, recortes de soberanía*, Barcelona, Grijalbo.
- y otros (1979), *Política comercial exterior en España (1931-1975)*, Madrid, Banco Exterior.
- (2003), *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Barcelona, Crítica.
- WHITAKER, A.P. (1961), *Spain and Defense of the West. Ally and Liability*, New York, Harper and Brothers.
- YBARRA ENRÍQUEZ DE LA ORDEN, C. (1998) *España y la descolonización del Magreb. Rivalidad hispano-francesa en Marruecos (1951-1961)*, Madrid, UNED.